DON HERCULANO
Y SUS 12 TRABAJOS
Una epopeya de sotana, sudor y sorna
Por Salvador Rangel Abud
Una novela de Salvador Rangel Abud

Sinopsis

¿Y si los doce trabajos de Hércules no hubieran sido contra monstruos mitológicos, sino contra los absurdos cotidianos de un pueblo más terco que una mula bendita?

En Los Altos de los Terreros —donde la fe es profunda pero el sentido común escasea, donde los chismes viajan más rápido que la luz y hasta las gallinas saben persignarse— el sacristán Herculano Salmerón es llamado a cumplir las penitencias imposibles que el severo padre Artemio impone a sus feligreses.

Don Herculano no es precisamente santo, pero tampoco pecador de carrera. Tiene el raro don de decir cosas sagradas con tono de chisme y de contar chismes con aire de homilía. Cuando doña Leonor, la panadera, recibe como penitencia amasar pan durante cuarenta días sin levadura, recurre a él con una propuesta tentadora: "Usted se arrepiente, y yo sudo por los dos."

Con humor irreverente, sátira criolla y más sabiduría de pueblo que encíclica vaticana, esta novela es una parodia desvergonzada del mito clásico transformado en epopeya parroquial de provincia. A medio camino entre El Periquillo Sarniento y las andanzas de Sancho Panza con complejo de héroe, revive el espíritu burlón de nuestras letras más sabrosas.

Porque si Hércules alcanzó la gloria olímpica por estrangular serpientes y desviar ríos, nuestro Herculano se ganó la inmortalidad popular por enfrentar horrores más temibles: devotas en celo reprimido, gallinas posesas, beodos incorregibles con filosofías de taberna, y el más temido de todos los monstruos... ¡el padre Artemio con migraña y crisis de fe en plena Cuaresma!

Una historia que huele a incienso, sudor y tortilla quemada. Para lectores con alma cómica, fe flexible y gusto por las historias que se ríen de todo sin burlarse de nadie.

Sobre el autor

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública y maestro en administración de hospitales, además de escritor aficionado. En esta obra demuestra su versatilidad narrativa al crear una sátira religiosa llena de humor costumbrista que conecta con la tradición del Periquillo Sarniento, rescatando el espíritu burlón y sabio de las letras mexicanas más entrañables. Su conocimiento profundo de la vida en los pueblos de provincia y su capacidad para retratar con afecto y humor la fe popular mexicana hacen de esta novela una joya única en su catálogo literario.

Detalles de la publicación

Género: Sátira / Humor costumbrista / Parodia literaria / Ficción histórica
Idioma: Español
Año de publicación: 2025
Publicado en: Internet Archive

Nota del autor

DON HERCULANO Y SUS 12 TRABAJOS nació de una pregunta traviesa: ¿Qué pasaría si tomáramos el mito más heroico de la antigüedad clásica y lo trasladáramos a un pueblo mexicano de esos donde lo sagrado y lo profano bailan juntos cada domingo después de misa?

Los doce trabajos de Hércules —esas hazañas imposibles contra bestias mitológicas— se transformaron en mi imaginación en las penitencias igualmente imposibles que un cura severo impone a sus feligreses. Y en lugar de un semidiós griego de músculos abultados, apareció Don Herculano: sacristán de sotana corta, rosario largo y sonrisa de lado, ese que conoce secretos que ni el demonio ha oído en confesión.

Esta novela es mi homenaje a los pueblos mexicanos donde todos se conocen, donde los chismes son el periódico matutino, donde la fe convive con la superstición sin pedirse permiso, y donde siempre hay alguien —un Herculano— dispuesto a cargar con las penitencias ajenas por un precio razonable y una buena historia que contar.

Es también mi forma de rescatar ese humor costumbrista que caracterizó a las mejores letras mexicanas: el de Fernández de Lizardi, el de Jorge Ibargüengoitia, el de esos cronistas que sabían reírse de todo sin burlarse de nadie, que entendían que la sátira se hace con amor, no con desprecio.

Don Herculano no es un ataque a la religión sino una celebración de esa religiosidad popular mexicana que mezcla lo sagrado con lo cotidiano de maneras impredecibles y maravillosas. Es el reconocimiento de que nuestros héroes no necesitan músculos de semidioses ni espadas flamígeras: les basta con ingenio, aguante y una buena dosis de filosofía de cantina.

He vivido en pueblos como Los Altos de los Terreros. He conocido sacristanes como Herculano, curas como el padre Artemio, beatas insoportables y entrañables, borrachos filósofos, y comadres que saben todo antes de que pase. Esta novela es mi forma de agradecerles por las historias, las risas y la sabiduría disfrazada de chisme que compartieron conmigo.

Si esta obra arranca aunque sea una sonrisa, si logra que alguien recuerde con nostalgia su propio pueblo de origen, si consigue que descubramos que lo heroico también puede ser cómico y lo cómico puede ser profundo, habré cumplido mi objetivo.

Y si además logra que alguien quiera brindar con mezcal por la memoria de todos los Herculanos que cargan con nuestras penitencias mientras nosotros fingimos arrepentimiento, entonces esta historia habrá encontrado su lugar en el mundo.

Advertencia al lector

Esta novela contiene: Humor irreverente sobre temas religiosos (hecho con afecto, no con malicia), Beatas insoportables pero entrañables, Curas severos

con crisis de fe, Burros filosóficos y gallinas místicas, Referencias al mezcal como sacramento no oficial, Sátira social sin víctimas reales, Amor profundo por los pueblos mexicanos y su gente

Si eres capaz de reírte de las contradicciones humanas sin perder la fe en la humanidad, esta novela es para ti.

Licencia

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

Usted es libre de:

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede distribuir el material modificado.

Texto completo de la licencia: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es

---

© 2025 Salvador Rangel Abud
Todos los derechos reservados bajo los términos de la licencia CC BY-NC-ND 4.0

Palabras clave

Humor mexicano, sátira religiosa, costumbrismo, parodia literaria, Hércules, doce trabajos, pueblo mexicano, sacristán, penitencias, comedia, fe popular, tradición picaresca, Periquillo Sarniento, humor criollo, vida parroquial

---

Temas principales

- La parodia del héroe clásico en contexto mexicano
- La religiosidad popular y sus contradicciones entrañables
- El ingenio como forma de supervivencia
- La comunidad del pueblo y sus dinámicas
- La sátira social con amor, no con desprecio
- Lo sagrado y lo profano bailando juntos
- La sabiduría escondida en el humor popular

Cómo citar esta obra

Rangel Abud, Salvador (2025). *DON HERCULANO Y SUS 12 TRABAJOS: Una epopeya de sotana, sudor y sorna*. Internet Archive. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

INDICE

PRÓLOGO

Capítulo I: La monja del gallinero

En el que se descubre que no todas las gallinas cacarean con plumas

Capítulo II: La lavadora del diablo

En el que Don Herculano desciende a los abismos del chisme, el jabón y la superstición

Capítulo III: El toro del sacristán

En el que Don Herculano doma a la bestia bravía, sin perder el sombrero ni la compostura

Capítulo IV: La limpieza del campanario encantado

En el que Don Herculano se enfrenta a espíritus, palomas y otras pestes voladoras

Capítulo V: La cierva dorada del monte Calvo

En el que Don Herculano persigue a una beata extraviada, confundida con criatura celestial

Capítulo VI: La limpieza de los corrales del regidor

Donde nuestro sacristán desciende a las cloacas del poder... literal y figuradamente

Capítulo VII: La expulsión del ladrón del pan bendito

Donde se desenmascara a un ratón glotón, una beata vengativa y un cura algo miope

Capítulo VIII: La doma del toro de San Bartolo

En el que Herculano lidia con cuernos ajenos, promesas incumplidas y estampidas sin metáfora

Capítulo IX: El rescate del niño del campanario

Donde Herculano trepa a las alturas, desafía las leyes del equilibrio y negocia con un infante armado con una flauta y amenazas metafísicas

Capítulo X: La limpieza de la cueva de los murciélagos

En el que Herculano desciende a los infiernos, combate la pestilencia y regresa victorioso, aunque aromatizado a guano consagrado

Capítulo XI: La reconquista del gallo cantor

En el que Herculano devuelve la voz a un gallo mudo, enfrenta a las beatas del alba y restablece el orden cósmico con mañas y maíz

Capítulo XII: La doma del burro apocalíptico

En el que Herculano vence al jumento del Juicio Final, enfrenta su prueba definitiva y alcanza, sin querer, la inmortalidad parroquial

EPÍLOGO

De cómo Herculano, sin querer queriendo, se volvió leyenda

PRÓLOGO

En el que se cuenta cómo llegó Don Herculano a Los Altos de los Terreros y por qué acabó haciendo penitencias ajenas

En Los Altos de los Terreros, un pueblito de esos donde los chismes viajan más rápido que la luz y donde hasta las gallinas saben persignarse, llegó cierto día —en calidad de enviado, reubicado y con la bendición más sospechosa del arzobispado— un sacristán llamado Herculano Salmerón. Venía con sotana corta, rosario largo y sonrisa de lado, esa que da a entender que uno conoce secretos que ni el mismo demonio ha oído en confesión.

Don Herculano no era precisamente santo, pero tampoco pecador de carrera. Tenía el raro don de decir cosas sagradas con tono de chisme y de contar chismes con aire de homilía. En sus primeras semanas, limpió el altar con vinagre, fumigó las bancas con agua bendita, y convenció a las beatas de que el incienso espantaba más que los zancudos: también a los malos pensamientos. Fue entonces cuando el cura del pueblo, el padre Artemio —hombre de ceño fruncido, voz de trueno y penitencias desproporcionadas— vio en él un aliado confiable... o al menos, un mal menor.

El padre Artemio era temido por su manía de recetar penitencias a granel, como si fueran aspirinas espirituales. Para un mal pensamiento: tres rosarios. Para un beso robado: siete padrenuestros de rodillas sobre maíz. Para haber robado dos naranjas: devolverlas al árbol y pedirle perdón al tronco. Era tanta la severidad, que más de uno prefería pecar en silencio, o en pueblos vecinos.

Pero fue doña Leonor, la panadera, quien inauguró sin querer una nueva era en Los Altos de los Terreros. Avergonzada por haber insultado a su nuera en plena misa (y con palabras nada bíblicas), recibió como penitencia amasar pan durante cuarenta días... sin levadura. Al tercer día, con las muñecas reventadas, recurrió a Herculano, quien le dijo, con su habitual tono de confidente:

—Mire, doña Leonor, si la intención es lo que cuenta... yo le puedo ayudar con las obras. Usted se arrepiente, y yo sudo por los dos.

Y así comenzó la leyenda.

Pronto, cada penitente que salía del confesionario con los ojos vueltos del susto, buscaba en la sacristía al hombre milagro, al mártir suplente, al escudero de las almas agobiadas: Don Herculano. Él, con su estilo socarrón y su disposición misteriosamente infalible, aceptaba las encomiendas como si fueran mandados divinos, aunque algunos olieran más a castigo que a virtud.

Con el tiempo, los trabajos se volvieron más extravagantes, peligrosos o francamente absurdos. Pero Herculano, entre rezos, refranes y remedios caseros, los fue cumpliendo uno a uno, dejando boquiabierto al mismísimo padre Artemio, quien llegó a sospechar que aquel sacristán era, o bien un santo encubierto, o bien un diablo que hacía favores por deporte.

Fue así como en Los Altos de los Terreros, donde nunca pasaba nada salvo las procesiones, los velorios y las borracheras de los viernes, se empezó a contar —de boca en boca, como se cuentan las leyendas útiles— la historia de los doce trabajos de Don Herculano.

Y esta, lector curioso, es la crónica fiel, aunque algo adornada (como todo en este pueblo), de aquellas hazañas penitenciales que ningún beato quiso cumplir por cuenta propia… y que un solo hombre, con sotana raída y alma traviesa, asumió como si fueran su cruz, su gloria y su entretenimiento.

Capítulo I

La monja del gallinero

En el que se descubre que no todas las gallinas cacarean con plumas

En Los Altos de los Terreros —pueblo donde hasta los baches son bautizados y reciben más visitas que los enfermos, donde las comadres confiesan pecados ajenos por si acaso, y donde la fe se mide por el tamaño de la vela y no por la intensidad de la llama— el orden eclesiástico tenía jerarquías insólitas que ni el mismísimo Concilio de Trento hubiera podido catalogar sin persignarse tres veces.

Por ejemplo, el gallinero del convento —ese espacio sagrado para plumas, cacareos y ocasionales conversaciones teológicas entre monjas insomnes— gozaba de más respeto que la sacristía misma. No por virtud divina, sino por obra y gracia del sustento cotidiano: de allí salían los huevos hervidos con fe, la tortilla con culpa, y, de vez en cuando, el caldo para enfermos de cuerpo o de alma, ese mismo que la Madre Superiora aseguraba podía curar desde un resfriado hasta una crisis de vocación.

Era, pues, un recinto sagrado, más vigilado que el sagrario y más limpio que la conciencia del alcalde en vísperas de confesión.

Hasta que una mañana de mayo —entre vapores de eucalipto que subían desde el puchero medicinal de Sor Eufrasia y los rezos de maitines que bajaban desafinados del coro—, los gritos sacudieron la paz conventual como si hubieran tocado el timbre del Apocalipsis en día de ayuno.

No era el canto del gallo, ni el llanto habitual de la beata Rufina (que lloraba cada que se le cruzaban los cables de la revelación con los de la menopausia),

sino un escándalo avícola y humano, un alboroto entre trinos, salmos, y lo que parecía ser la voz de una mujer recitando el Magníficat en tono de gallina ofendida y con acento de la sierra.

Las hermanas, despertadas de su letargo piadoso, se asomaron con los escapularios aún chuecos y el alma a medio vestir. Allí contemplaron la escena más insólita desde que Sor Teopista confundió la lejía con el agua bendita y convirtió la pila bautismal en fuente de abluciones corrosivas, causando que tres monaguillos perdieran las cejas y ganaran el miedo a Dios por vía química.

Allí, sobre el palo mayor del gallinero —ese mismo que Don Herculano había tallado con las astillas sobrantes del confesionario nuevo—, estaba Sor Clara de los Remedios Inconclusos, con los brazos en cruz como San Francisco extasiado, los hábitos arremangados hasta unas rodillas blancas que jamás habían visto la luz del sol, y una mirada beatífica que alternaba con picotazos ceremoniales al suelo, como buscando alpiste celestial o pecados enterrados.

Emitía sonidos guturales, a medio camino entre canto gregoriano y cacareo histérico, mientras las gallinas, desconcertadas por la competencia espiritual y profesional, la observaban desde abajo con expresión de inferioridad evolutiva y quizás cierta envidia teológica.

—¡Ave Suprema! ¡Ave del Señor! ¡Ave María sin culpa ni plumas! —gritaba Sor Clara, agitando los brazos como si intentara elevarse en espíritu... o, al menos, en dirección contraria a la lógica y a la ley de gravedad que tanto respetaban las constituciones conventuales.

La hermana portera, Sor Angustias de la Perpetua Vigilancia —conocida en el pueblo por tener ojos hasta en la nuca y capacidad para detectar novios escondidos a tres calles de distancia—, se persignó cinco veces consecutivas y corrió hasta la casa parroquial.

Allí encontró al padre Artemio sumido en la meditación de su homilía dominical, ayudado espiritualmente por una taza de chocolate espeso de Oaxaca y una edición anotada del *Manual de Penitencias Injustificadas para Feligreses Recalcitrantes*, ese mismo que la Diócesis había prohibido pero que él conservaba por "motivos pastorales".

—¡Padre, Sor Clara se volvió gallina! —exclamó la portera, sin respiro y con los ojos como hostias consagradas en día de Primera Comunión.

—¿Otra vez? —musitó el cura, sin soltar la taza ni mostrar más sorpresa que si le hubieran anunciado lluvia en temporada de aguas.

No era, para desgracia del calendario litúrgico local, la primera vez que una monja perdía el juicio místico en aquel convento de vocaciones fervorosas y nervios frágiles. Ya había ocurrido con Sor Petronila, que hablaba en arameo los viernes y en dialectos precolombinos los sábados, y con Sor Dulcinea, que decía recibir telegramas del Espíritu Santo en forma de estornudos codificados que solo el monaguillo bizco sabía interpretar.

Pero esta vez era distinto: Sor Clara no solo decía ser un ave del Señor, sino que actuaba como tal con una convicción doctrinal que inquietaba al clero y fascinaba a las gallinas, creando un cisma en el corral que amenazaba la producción de huevos y, por ende, la economía conventual.

Tras perder por tercera vez consecutiva su partida matutina de dominó con el boticario —cosa que le nublaba el alma, el juicio y la caridad pastoral—, el padre Artemio decretó con la solemnidad de un obispo cabreado en visita canónica:

—¡Exorcismo o encierro! Y que la capturen antes de que ponga un huevo milagroso y tengamos peregrinación de impíos curiosos.

Pero las hermanas, todas muy devotas y todavía más cobardes cuando se trataba de enfrentar locuras ajenas, se negaron en bloque, formando un muro de hábitos temblorosos. Ninguna quiso acercarse a la poseída, no fuera que la picotiza resultara también contagiosa y el convento acabara convertido en gallinero humano.

Así que se apeló al único especialista en casos imposibles del pueblo, el mismo que había salvado al gallo mudo del sastre, a la lavadora endemoniada de doña Eulogia, y a más de una beata en crisis de levitación emocional durante la procesión del Santo Entierro.

—¡Don Herculano! —clamaron todas al unísono, en un tono que era mitad súplica, mitad condena anticipada a quien tenía fama de resolver problemas creando otros nuevos.

El sacristán llegó arrastrando sus setenta años y sus innumerables pecadillos, con su andar cansino pero ceremonioso, como quien ha aprendido a caminar despacio para que Dios no note su presencia inmediata. Venía vestido con su sotana corta y raída (que usaba más por costumbre que por fe o limpieza), una red de pescar heredada de cuando quiso atrapar ángeles en la fiesta patronal del año anterior, y un puñado de maíz bendito recién sustraído del pesebre viviente que guardaban en la sacristía para emergencias navideñas.

—¿Y cuál es el diagnóstico espiritual-avícola de la hermana? —preguntó, mientras sorbía disimuladamente un buche de mezcal medicinal que guardaba en un frasco de linimento para reumas, y que era su única teología líquida.

—Se cree gallina, o espíritu del gallinero, o ambas cosas a la vez. Y además canta en latín rústico con acento de la sierra —explicó el padre, limpiándose restos de chocolate de la sotana.

—Pues que cante —murmuró Herculano con filosofía de viejo zorro, mientras miraba el corral como quien evalúa una zona de guerra antes de la batalla—. Lo difícil no es que se crea ave... lo complicado será convencerla de que no lo es sin contrariarla y sin que pierda la fe en el proceso. Porque una monja sin fe es como gallina sin plumas: sirve para el caldo, pero no pone huevos.

Armado con su mezcla habitual de sarcasmo santo y misericordia pueblerina —esa misma que le había ganado tres excomuniones temporales y cuatro

indulgencias por servicios prestados—, se dirigió al gallinero como quien baja al infierno, pero con sombrero bien puesto y el alma ligeramente arrugada.

Allí la encontró: Sor Clara en lo alto del palo, picoteando alpiste con fervor de primera comunión, alternando letanías con estrofas del himno del colegio de niñas, y mirando a las demás con una mezcla de compasión y superioridad doctrinal que solo las santas o las locas saben cultivar.

—Sor Clara —dijo Herculano, con tono de embajador en tierra de locos—, ¿no le gustaría bajar un rato a descansar sus alas? Quizá el Espíritu ya voló a otras tierras y usted se quedó de retén sin que le pagaran horas extras celestiales.

—¡Pío pío, gloria in excelsis! ¡Dios envía a sus ángeles en forma de gallinas consagradas para redimir a los pollitos extraviados! —respondió ella, lanzándole un puñado de granos a la cara con precisión litúrgica que hablaba de muchas horas de práctica.

Herculano, limpiándose maíz del ojo izquierdo, comprendió entonces que estaba ante una rebelión teológica en toda regla: la monja no quería escapar del convento, sino reformarlo desde el gallinero. Una teología aviaria. Una cristiandad cacareada. Un dogma con plumas y sin cómplices... al menos por ahora.

Pero Herculano no había sobrevivido a tres obispos, dos inundaciones y un matrimonio fugaz sin desarrollar métodos propios para casos extremos.

Se sentó con parsimonia junto al corral, desplegó el maíz bendito como quien extiende un mantel sagrado, y comenzó a entonar, con voz pastosa y nasal que parecía filtrarse entre dos mundos, un salmo apócrifo de su absoluta invención:

Ave del alba, plumífera hermana,
desciende del palo, que ya es la mañana.
Cacareas al cielo con voz tan bendita,
que el gallo se calla, la beata se agita.

No hay culpa en tus alas, ni juicio en tu pico,
pero Dios no te hizo pa' andar dando brinco.
Baja del nido, retorna a tu celo,
que el convento espera tu canto sin vuelo.

Aquí hay maíz santo, rosario en costal,
y un alma en reserva pa' amor fraternal.
No seas testaruda, ni suba tu ego,
que el gallo ya teme perder su empleo.

¡Aleluya emplumada, milagro en dos patas!
La fe no se mide por plumas ni datas.

Que bajes con gracia, sin juicio ni enredo,
¡y el Señor te bendiga... con caldo y sin dedo!

Sor Clara lo miró fijamente desde su percha sagrada. Hubo un instante de silencio denso, como cuando se rompe una vela en plena misa de difuntos o cuando el monaguillo se duerme con la campanilla en la mano. Las gallinas contuvieron el aliento (si es que tales criaturas respiran más allá de lo necesario para cacarear). Luego, para asombro del gallinero entero, la monja descendió del palo con la elegancia de una cacatúa en procesión de Corpus, se acercó a Herculano con pasos medidos, lo tomó del brazo como si fuera un confesor de aves, y con voz solemne que había abandonado ya el registro de corral, dijo:

—Hermano plumífero... te reconozco. Somos del mismo rebaño celestial.

—Y del mismo corral terrestre, hermana. Aunque yo cacareo menos y sudo más, especialmente en confesión —respondió él, palmeándole el hombro con la familiaridad de quien ha visto demasiados milagros dudosos como para impresionarse.

Salieron caminando en silencio ritual, rodeados por gallinas que los seguían con devoción milagrera y pragmática, esperando quizás una nueva teología que incluyera más alpiste y menos obligaciones de puesta. Las beatas, asomadas tras las macetas del claustro, los vieron pasar y murmuraron entre ellas que aquello era, sin duda, una señal del cielo o un castigo del infierno, según a quién le preguntaras después de la siesta.

El padre Artemio, para cerrar el incidente con dignidad eclesiástica, ofició una misa de desagravio para los animales domésticos, donde por primera vez en la historia del catolicismo local se pidió perdón a las gallinas "por la confusión identitaria de los seres humanos". El gallinero fue bendecido con agua de romero, vinagre de los siete poderes y una ramita de olivo rescatada de la procesión del Domingo de Ramos. Y Sor Clara, después de una breve reclusión espiritual con caldo de huesos y oraciones para la confusión mental, fue reincorporada como responsable de la sección de hortalizas, convenientemente lejos de las aves y del dogma, pero cerca de los rábanos, que, según la Madre Superiora, "tienen menos probabilidades de inspirar transformaciones místicas".

Don Herculano, esa misma noche, mientras apuraba un mezcalito reparador, escribió en su cuaderno de penitencias ajenas y hazañas propias:

"Trabajo I: Gallina elevada y monja descendida. Sin plumas, pero con dignidad. Cumplido. No ha sido la captura del León de Nemea, pero se le parece... según podemos ver. Y si los antiguos dioses premiaban los trabajos con constelaciones, bien me he ganado yo al menos una copita más de mezcal en el firmamento de mi alacena. Amén y cacatúa."

Y firmó con una pluma de gallina, por si las coincidencias divinas no fueran ya suficientes en Los Altos de los Terreros, donde hasta los milagros llegan con retraso, pero con estilo propio.

Capítulo II

La lavadora del diablo

En el que Don Herculano desciende a los abismos del chisme, el jabón y la superstición

En Los Altos de los Terreros, donde los únicos avances tecnológicos aceptados eran el ventilador de aspas de madera y el molcajete con historia familiar, la llegada de una lavadora automática causó más pavor que el eclipse del '94 y más revuelo que cuando el hijo del alcalde apareció vestido de mujer en la fiesta patronal. Para muchos, era el cumplimiento de una de esas profecías ambiguas que doña Macaria, la partera vidente con cataratas en un ojo y visiones en el otro, solía recitar en tardes húmedas mientras su gato bizco la miraba con escepticismo: "Y vendrá la bestia blanca, girará con furia y escupirá espuma como los siete mares embravecidos, y lavará no solo la ropa sino también los secretos de cada casa."

Y así fue, palabra por palabra, como si el Apocalipsis viniera con manual de instrucciones y garantía de un año.

El aparato en cuestión apareció un martes, día de lavar conciencias y calzones, día de tender al sol tanto la ropa como los chismes, en la humilde pero digna casa de doña Perfecta, viuda reciente con luto intermitente, madre de cinco (dos legítimos, tres indiscutiblemente suyos aunque el difunto jurara lo contrario) y catequista en tiempos de bonanza espiritual. La casa, encalada como conciencia recién confesada, destacaba por sus macetas de geranios y por esa mezcla de altares y foto retrato del difunto que hacía dudar si era hogar o santuario pagano.

El electrodoméstico fue enviado por su primo Fortunato, emigrado a la capital y comerciante de artículos ambiguos: unos aseguraban que vendía electrodomésticos de remate; otros, que traficaba con reliquias de santos difuntos y televisores excomulgados; los más atrevidos susurraban que era "de la acera de enfrente", metáfora que nadie entendía del todo pero que sonaba a herejía urbana.

La lavadora era blanca, redonda y desafiantemente moderna, como una monja recién salida del convento con ideas revolucionarias. Tenía más luces que el altar mayor en Semana Santa y un zumbido que parecía el lamento de un arcángel atrapado entre sus engranajes. Desde que se instaló, el vecindario comenzó a murmurar con ese fervor que solo un pueblo pequeño puede desplegar ante lo desconocido.

—Dicen que el tambor gira contra las manecillas del rosario —comentaba doña Eustaquia mientras regaba sus plantas con agua de lluvia bendecida—. Eso es brujería moderna.

—¿Y supieron que al centrifugar emite un murmullo en latín? —añadía Remedios, la del puesto de velas, mientras se persignaba con la mano izquierda por si acaso—. Mi prima Jacinta, que tiene el oído fino como perro en Semana Santa, jura que dice "mea culpa" cada vez que termina el ciclo.

—Pues yo escuché —bajaba la voz don Anacleto, sacristán jubilado y chismoso activo— que en una colada se había perdido un calcetín bendito y aparecido una estampita de Judas Tadeo con la cara invertida y una mancha que parecía un código del diablo.

Las lavanderas tradicionales del pueblo, mujeres curtidas por el sol y el jabón de ceniza, veían en aquel aparato un competidor desleal enviado por el mismísimo Lucifer para arrebatarles su sustento y, de paso, las almas de sus clientes. Lo llamaban, entre dientes amarillentos y manos enrojecidas, "el centrifugador de pecados".

Pero el escándalo estalló, como suelen estallar las grandes herejías, en una noche de lluvia y telenovela, cuando hasta el cielo parecía querer lavar sus propias culpas y la electricidad iba y venía como la fe de los tibios.

Doña Perfecta, según su propio testimonio —luego amplificado, adornado y casi canonizado por las voces del pueblo—, estaba en la cocina preparando atole con epazote —remedio infalible contra el insomnio, la tristeza y los malos curas— cuando escuchó un sonido gutural que provenía del cuarto de servicio. El ruido era como si alguien arrastrara cadenas y gruñera al mismo tiempo, un sonido que no pertenecía ni a este mundo ni al purgatorio, sino a algún limbo electrodoméstico.

La buena mujer, con los pelos del moño tan tiesos como su moral, pensó inicialmente que era uno de sus hijos en plena transformación hormonal —esos cambios que hacen que los muchachos suenen como animales enjaulados y huelan como los establos en agosto—. Pero al asomarse, sosteniendo la cuchara de palo como un crucifijo improvisado, la vio: la lavadora giraba por sí sola, desenchufada como alma en pena, iluminada desde dentro con una luz verde que rebotaba en los azulejos como si fueran vitrales profanos. Y entonces, dijo ella con voz entrecortada por el miedo y el asma de los sustos, habló.

—*Agnus Dei... qui tollis... el suavizante* —gruñó la máquina, con voz grave y un olor a azufre mezclado con detergente de coco y un toque de canela que no venía en ningún instructivo.

Doña Perfecta chilló como alma a la que le niegan entrada al cielo, se persignó tres veces y media (la última quedó a medias por el temblor de sus dedos), arrojó medio litro de agua bendita sobre el aparato —agua que guardaba en una botella de tequila vacía, para confundir al diablo y de paso a su difunto marido cuando vivía— y corrió a la parroquia, empapada y en bata de flores marchitas, a despertar al padre Artemio, quien dormía con la sotana puesta por miedo a los sobresaltos doctrinales y a las tentaciones nocturnas.

El camino a la parroquia nunca le pareció tan largo. Las tres cuadras se multiplicaron como los panes y los peces, y cada charco parecía un mar Rojo

que no se abría a su paso. En el trayecto se encontró con don Serapio, el borracho oficial del pueblo, quien al verla en ese estado pensó que estaba teniendo una de sus propias alucinaciones etílicas.

—¡Ave María Purísima! —exclamó el beodo, soltando su botella que se rompió como sus promesas de abstinencia—. ¡Doña Perfecta en paños menores! ¡Ahora sí me voy a confesar!

Ella ni lo miró. Entró a la iglesia como tromba divina y encontró al padre en su habitación, roncando con la boca abierta y un devocionario sobre el pecho, que subía y bajaba como el mar de Galilea en plena tempestad.

—¡Es el demonio, padre! ¡Se me metió en la lavadora! —gimió, mientras se aferraba al reclinatorio como náufraga a tabla de salvación, arrodillándose con un golpe seco que despertaría a los santos de yeso si no estuvieran ya mirándola con esos ojos fijos y juzgadores.

El cura, que tenía el hígado tan delicado como su fe y los nervios aún peores, la miró con esa mezcla de resignación y fastidio que solo los sacerdotes de pueblo pequeño pueden perfeccionar tras años de confesar pecadillos repetidos. Se incorporó lentamente, se ajustó el solideo que usaba para dormir —negro como el pecado y con una borla que bailaba al compás de sus bostezos— y abrió sus libros de exorcismo —ediciones mohosas y en latín desafinado, con páginas marcadas por manchas de café consagrado y cera de vela.

—A ver, doña Perfecta, cálmese y cuénteme otra vez eso del demonio electrodoméstico —dijo, mientras encendía un cigarrillo bendecido por él mismo, privilegio que se concedía en casos de emergencia teológica.

Ella repitió su historia, añadiendo detalles que crecían con cada respiración: que si la lavadora había levitado, que si había girado al revés como en "El Exorcista" (película que juró nunca haber visto pero que describía con sospechosa precisión), que si había escupido no solo espuma sino palabras en arameo con acento del norte.

El padre Artemio, después de escucharla con atención clasificadora, hojeó su manual de exorcismos, consultó el Ritual Romano, y concluyó que el caso era de posesión menor con tintes electrodomésticos, algo que si bien no aparecía en el Catecismo, tampoco estaba explícitamente prohibido por la Santa Madre Iglesia, siempre tan ocupada con herejías mayores.

—Que se encargue Herculano —declaró, mientras sorbía café recalentado con la misma resignación con que bebía el vino de consagrar en mal estado—. Él ya lidió con la lavadora de la sacristía y sobrevivió al escurridor con alma. Tiene experiencia en aparatos endemoniados y, además, sabe distinguir entre una posesión auténtica y un cortocircuito con ínfulas.

Doña Perfecta, más aliviada que convencida, salió de la parroquia con paso presuroso, persiguiendo la recomendación como si fuera la última absolución antes del juicio final. La noche seguía húmeda y negra como conciencia de

político, y los perros ladraban a su paso como si olieran el azufre en su bata floreada.

Llegó a la casa de Herculano, una construcción modesta pero digna, con una cruz de palma en la puerta y un cactus en la ventana al que el sacristán había bautizado como "San Espinoso, mártir del desierto". Golpeó la puerta como quien llama a las puertas del cielo, con urgencia pero sin perder la compostura que su estado actual —viuda recatada pero con necesidades— le exigía.

Herculano la recibió envuelto en su bata de dormir (decorada con santos borrosos y manchas de café que parecían estigmas de uso cotidiano) y con la misma resignación de quien ya ha escuchado de todo, desde confesiones de robos de hostias hasta testimonios de apariciones marianas en tortillas recién hechas.

—¿Poseída, dice? —inquirió Herculano, mientras se rascaba la cabeza calva con el rosario de emergencia que siempre llevaba en la muñeca, como si fuera una pulsera sagrada o un amuleto contra la estupidez humana, que según él era la verdadera plaga bíblica olvidada.

—¡Giró sola, habló en lenguas y escupió un calzón con manchas misteriosas! —insistió ella, sacando del bolso el calzón en cuestión, como prueba irrefutable, sosteniéndolo con dos dedos como quien muestra una reliquia impura.

El sacristán observó la prenda con ojo clínico. En sus años de servicio había visto de todo: desde altares que sudaban aceite hasta confesionarios donde se escuchaban risitas cuando nadie los usaba. Pero un calzón como corpus delicti en un caso de posesión demoníaca, eso sí que era nuevo incluso para alguien que había limpiado las manchas de vino "milagroso" después de cada Semana Santa.

—¿Y no habrá sido su hijo el que le metió cerveza al suavizante? El muchacho tiene fama de bromista desde que puso ají en la pila bautismal —sugirió, examinando la prenda con sorna contenida—. Las manchas parecen más de Corona que de Lucifer.

—¡No se burle, don Herculano! ¡Esto es serio! —protestó ella, recuperando el calzón con dignidad ofendida—. Estamos hablando del Maligno instalado en mi cuarto de servicio, ¡bebiendo mi electricidad y quizás contaminando toda mi ropa interior con tentaciones!

Y lo era. Al menos en el contexto teológico-vecinal de Los Altos de los Terreros, donde el último caso de posesión había sido el del gato de doña Ramona, que maullaba el Padrenuestro del revés según las comadres, aunque luego resultó que simplemente tenía una espina de pescado atorada.

—Está bien, doña Perfecta —concedió Herculano con un suspiro que parecía venir de los tiempos de la Inquisición—. Mañana a primera hora estaré en su casa. Lleve cuenta de lo que cobra el exorcista oficial de la diócesis y verá que mi tarifa es una ganga.

La mujer salió reconfortada, aunque con la sensación de que el sacristán no le había tomado el peso adecuado a su drama electrodoméstico. No importaba. Mañana vería con sus propios ojos el poder del mal encarnado en tubos y cables, y entonces le pediría perdón de rodillas, como correspondía a los escépticos confundidos.

Herculano se presentó al día siguiente, puntual como la muerte y los impuestos, con su equipo básico de exorcismo laico: una botella de agua bendita con tapa de refresco (reciclaje sagrado, lo llamaba él), una vela aromática de San Alejo (patrono de las causas perdidas y los casos ridículos), un frasco de bicarbonato (por si las cosas se ponían ácidas, metafórica y literalmente), y su fiel destornillador de cruz, al que llamaba "la llave de San Pedro".

Venía vestido no con su habitual traje de sacristán, sino con un overol que le daba aspecto de plomero espiritual, de esos que destapan tanto cañerías como conciencias. En el bolsillo llevaba un manual de electrodomésticos tan gastado como su Biblia, y en la mirada traía esa mezcla de fastidio y curiosidad que caracteriza a los que han visto demasiado para creer en todo, pero lo suficiente para no descartar nada.

El recibimiento fue multitudinario para los estándares locales. En la casa de doña Perfecta se habían congregado, como moscas a la miel o beatas al milagro: las hermanas Torralba (solteronas profesionales y catequistas de medio tiempo), don Eulogio (veterinario y testigo oficial de fenómenos inexplicables, desde vacas que daban leche verde hasta gallinas que ponían huevos con mensajes), y por supuesto, el padre Artemio, quien había venido "a supervisar" pero se mantenía a prudente distancia, escudado tras su breviario y un crucifijo de bolsillo.

La lavadora los esperaba en el cuarto de servicio, callada, enchufada pero inmóvil, como si fingiera una inocencia de electrodoméstico recién salido de fábrica. La luz matinal que entraba por la ventana le daba un aspecto casi angelical, desmintiendo los horrores nocturnos que se le atribuían.

Herculano le dio una vuelta ceremonial, como quien rodea a un adversario en el ring, la tocó con la mano abierta como quien palmea un ataúd para comprobar que el muerto sigue adentro, y finalmente la miró a los ojos —es decir, al botón de encendido con su lucecita intermitente— con expresión inquisitorial.

—¿Y qué detergente usó? —preguntó, sin dejar de observarla, como si el tipo de jabón fuera un dato crucial en la ficha técnica de toda posesión que se respete.

—Uno que dice "Pureza Total" —respondió doña Perfecta, mostrando el envase con orgullo, como quien presenta un certificado de buena conducta—. Lo compré en la tienda de don Casimiro, está bendecido por el obispo en su visita pastoral.

—Ajá... —murmuró el sacristán con una sonrisa torcida—. El Diablo también se disfraza de blanco, y no hay nada que le guste más que un buen envase con ángeles dibujados.

El público contuvo la respiración. Las hermanas Torralba se persignaron al unísono con la sincronización que solo las solteronas de pueblo pueden lograr. Don Eulogio sacó su libreta para tomar notas del caso.

Herculano, con la teatralidad medida del que sabe que tiene audiencia, se remangó el overol, como un torero antes de la estocada final, y encendió la máquina. Esta respondió con un ronroneo leve, casi sensual, como de gata en celo o de demonio menor tentando a un novicio. Giró una vuelta, luego otra, y luego comenzó a vibrar con ritmo creciente, como si se preparara para el juicio final o para un baile prohibido.

Las luces de la casa parpadearon, añadiendo dramatismo a la escena. Del tambor comenzó a salir un chorro de espuma blanca que se derramó por el piso de mosaico. Las hermanas Torralba ahogaron un grito. El padre Artemio dio un paso atrás, elevando su crucifijo como en las películas de vampiros que veía a escondidas.

Herculano, sin inmutarse, como quien ha visto espuma demoníaca todos los lunes, echó una cruz de agua bendita sobre el aparato, recitó un salmo de su invención (algo sobre "tubos purificados" y "engranajes de salvación") y finalmente gritó con voz tonante:

—¡Si hay un demonio aquí, que hable ahora o reviente en el prelavado!

El silencio que siguió fue tan denso que se podría haber cortado con un cirio pascual. La lavadora pareció detenerse, como meditando la propuesta o calculando su respuesta. Un chirrido, seco y metálico, se escuchó desde dentro, seguido por un ¡clac! que hizo voltear a todos los presentes —es decir, a doña Perfecta, sus hijos (que observaban desde una distancia prudente), las hermanas Torralba (abrazadas como para un retrato de difuntos), don Eulogio (con el lápiz tembloroso), el padre Artemio (pálido como hostia), el burro del vecino (que había metido la cabeza por la ventana atraído por el escándalo), y un perro callejero que siempre se aparecía en las ceremonias de urgencia y en los velorios con buena comida.

La tapa de la lavadora se abrió lentamente, con un chillido dramático que parecía ensayado. La espuma se desbordó un poco más, llegando a los pies de los espectadores, que retrocedieron como si fuera lava infernal.

Y entonces, de la lavadora emergió lentamente, como si fuera un pecado a punto de ser confesado... un sostén rojo con lentejuelas, tan brillante y escandaloso como un semáforo en plena misa.

Herculano lo pescó con la punta del destornillador y lo elevó ante la concurrencia atónita.

—¿Esto es suyo, doña Perfecta? —preguntó con una ceja arqueada que decía más que un sermón completo.

El color abandono la cara de la viuda, dejándola más blanca que el detergente de pureza total. Sus ojos se desorbitaron como los de una imagen religiosa mal pintada.

—¡Santo cielo y todos los querubines! ¡Eso es de mi hija! —gritó, llevándose las manos al pecho como si acabara de ver al difunto bailando merengue.

El perro callejero aulló como en velorio de rico, dando a la escena el toque musical que le faltaba.

Y entonces, como en una revelación bíblica de calzones y secretos familiares, la verdad se abrió paso más rápido que chisme en día de plaza: Tulita, la hija quinceañera de doña Perfecta, adolescente en fase de rebeldía mística y experimentación con labiales prohibidos, había usado la lavadora para impresionar a su pretendiente, el hijo del carnicero —muchacho con más hormonas que sesos y una obsesión por los videos de fenómenos paranormales.

El dúo de pecadores juveniles había montado toda una producción: el muchacho, fan de los videos de posesiones en línea y con un futuro promisorio en efectos especiales de bajo presupuesto, había grabado el ciclo nocturno de la lavadora, añadiendo luces con una linterna con filtros de celofán y sonidos espeluznantes con una bocina bluetooth escondida bajo la tina. La supuesta posesión demoníaca era, en realidad, una travesura adolescente sazonada con hormonas, tecnología básica y aburrimiento rural.

Lo que parecía obra del Maligno resultó ser obra de Cupido disfrazado de técnico en electrónica.

El escándalo no fue menor, por supuesto. En un pueblo donde el entretenimiento consistía en ver crecer el maíz y apostar por cuál gallina pondría el primer huevo del día, aquello era material de telenovela en horario estelar.

Doña Perfecta entró en crisis existencial, debatiéndose entre el alivio de no tener un electrodoméstico endemoniado y la vergüenza de tener una hija con sostén rojo y novio técnico. Las hermanas Torralba comenzaron a rezar el rosario a velocidad de récord, mientras hacían un inventario mental de todos los pecados que no habían cometido pero que ahora se les antojaban posibles.

El padre Artemio guardó el libro de exorcismos con un bufido de decepción eclesiástica y la promesa interna de predicar sobre los peligros de la tecnología moderna y los sostenes colorados el próximo domingo. Don Eulogio cerró su libreta con un suspiro, añadiendo este caso a su colección de "milagros explanados por la ciencia y la estupidez humana".

Y Herculano, con su sorna habitual y esa sabiduría que solo da el haber visto demasiado sin sorprenderse nunca, se santiguó al revés, como quien cierra un caso absurdo con la dignidad que solo los verdaderos sacristanes saben mantener.

—Este demonio tenía nombre y apellido... y perfil en redes —sentenció, mientras guardaba su equipo de exorcismo laico en la bolsa de herramientas —. Aunque debo admitir que el efecto de la luz verde estaba bien logrado. El muchacho tiene futuro en Hollywood o en la decoración de capillas para Semana Santa.

Doña Perfecta, recuperando algo de su dignidad viudal, sacó un monedero de su delantal y preguntó, con voz aún temblorosa:

—¿Cuánto le debo, don Herculano?

—Un rosario por mi alma pecadora y una promesa de vigilar mejor a su hija que a su lavadora —respondió él, rechazando el dinero con un gesto que mezclaba generosidad y astucia—. Y tal vez, si no es molestia, un poco de ese atole de epazote que huele a gloria desde la cocina.

Dejó la casa entre vítores tímidos y alguna que otra risa tapada con pañuelo, llevando en su bolsillo el sostén rojo como evidencia para futuros casos de "aparatos poseídos por hormonas juveniles". Aquel trofeo iría a parar a su colección privada de reliquias falsas y milagros desmentidos, justo al lado del "sudor" de la Virgen que resultó ser agua de la gotera, y la "imagen" de Cristo en una tortilla que era, en realidad, la cara del difunto marido de doña Tencha (según ella, una señal divina; según el pueblo, una señal de que necesitaba lentes nuevos).

Esa noche, en su libreta de penitencias ajenas, Herculano escribió con su letra picuda y burlona:

Trabajo II: Demonio centrifugado. Caso cerrado. Adolescente advertida. Sostén rojo confiscado por el bien de la comunidad. No fue la limpieza de los establos de Augías, pero se cumplió. Y como dijo el Santo Job en su lavandería: "Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá". Aunque con ropa limpia, si Dios y la lavadora lo permiten.

Cerró el cuaderno, bebió un trago de mezcal bendecido por el uso y la costumbre, y se dispuso a dormir, sabiendo que en Los Altos de los Terreros, tierra donde la fe y la superstición se mezclaban como el agua y el jabón, siempre habría trabajo para un sacristán con sentido del humor y destornillador a mano.

Capítulo III

El toro del sacristán

En el que Don Herculano doma a la bestia bravía, sin perder el sombrero ni la compostura, demostrando que la música amansa hasta a las fieras más obstinadas del Señor

La tercera penitencia le vino a Don Herculano un lunes de esos que huelen a caldo de habas, polvo de sacristía y promesas incumplidas. Eran las diez de la mañana cuando el sol ya castigaba los tejados de Los Altos de los Terreros, y las beatas madrugadoras regresaban de la misa con rosarios entrelazados en los dedos y chismes frescos en los labios.

La señora Altagracia Mendieta y Páramo, matrona corpulenta y matriarca indiscutida del barrio alto, había cometido un pecado tan gordo que necesitó confesarse en ayunas, con dos pañuelos y un abanico de luto para disimular los vapores de la vergüenza.

—Padre, he dicho cosas que no debí... —musitó, mientras se abanicaba con la cartilla de vacunación que había sustraído del dispensario para tal menester.

—¿A quién insultó esta vez, señora mía? —preguntó el padre Artemio con un suspiro cansino, que ya conocía la historia desde el rumor que había recorrido el pueblo más veloz que las campanas de rebato.

—Al toro de don Filemón.

—¿Al animal? —el confesor arqueó una ceja canosa.

—¡Sí, pero con saña premeditada! Lo llamé "pedazo de demonio con cuernos" y le deseé la peste bubónica, las siete plagas de Egipto y que se le cayeran los testículos como brevas maduras.

El padre Artemio abrió tanto los ojos que casi se le caen los quevedos.

—¿Y por qué semejante exabrupto contra una criatura de Dios?

—¡Porque me orinó el refajo nuevo, padre! El que bordé para la procesión de la Virgen de los Desesperados. ¡Y delante de toda la plaza! Las comadres todavía se ríen cuando paso, y hasta los niños me llaman "doña Meadita" a mis espaldas.

Al padre Artemio le tembló el labio inferior, no por compasión, sino porque aguantaba la risa con espíritu monástico digno de San Benito en sus ayunos. Después de unos segundos de reflexión piadosa (y para no reír en voz alta, lo que hubiera sido impropio de su dignidad), dictó sentencia con voz grave:

—Su penitencia será doble: rezará diez rosarios por haber mancillado su lengua con improperios, y deberá usted acompañar al toro en su encierro anual sin que este la embista... o al menos sin que la olfatee. Y como sola no podrá cumplir tal empresa, encomiéndese a Herculano.

—¿A quién, padre? —preguntó la mujer, abanicándose ahora con furia de vendaval.

—A Don Herculano, nuestro sacristán. Si alguien puede interceder entre usted y la bestia, es él. Tiene mano para las criaturas difíciles... Ya pacificó a mi suegra, que es peor que un basilisco en ayunas.

Así fue como el sacristán fue llamado nuevamente al campo de batalla, arrancado de su siesta vespertina con la urgencia de quien saca un alma del purgatorio.

Don Filemón Aguirre, orgulloso dueño de la bestia y famoso en tres pueblos por su tacañería legendaria, le explicó todo entre sorbos de pulque y palabras altisonantes que harían sonrojar a un carretero:

—Es toro, sí... pero no es cualquier toro, mi don Herculano. ¡Es Lucifer con pezuñas y premeditación! Lo parió una vaca tuerta en noche de tormenta, y el

año pasado corneó a mi cuñado, y eso que es más pesado que un confesionario de roble con cura dentro.

—¿Y qué quiere que haga yo? —preguntó Herculano, inspeccionando la plaza de madera mal cerrada, donde cualquier cristiano con dos dedos de frente hubiera visto siete formas distintas de morir empitonado.

—Pues que lo dome, que lo bendiga, que le cante un salmo o le dé de comer hostias consagradas si hace falta... pero que me lo serene pa'l desfile del jueves, que viene el obispo de visita y no quiero que el animal me deje en ridículo como el año pasado, cuando embistió al alcalde y lo dejó colgado de un tejado como si fuera un espantapájaros endomingado.

La bestia, por su parte, observaba a Herculano desde el corral con la mirada opaca de los condenados y una baba colgante que no presagiaba nada bueno. Era negro como el pecado mortal, con unos cuernos que parecían labrados por un ángel caído, y tenía el lomo marcado con la cruz de Santiago (hecha con carbón y miedo) y un cascabel al cuello que sonaba como un aviso fúnebre cada vez que movía su testuz de pesadilla.

Don Herculano se santiguó tres veces, escupió en el suelo para espantar al mal fario, se quitó la sotana (porque ya sabía que era mejor correr sin estorbos) y se plantó frente al animal con la dignidad de un mártir romano en el Coliseo.

—A ver, criatura del Altísimo... que yo sé que usted no tiene la culpa de haber nacido bestia, pero tampoco la señora Altagracia de tener ese perfume a lavanda rancia que irrita hasta a las moscas.

El toro resopló con furia bíblica, escarbando el suelo como si quisiera desenterrar los huesos de todos los sacristanes desde San Pedro.

—Propongo un trato: usted no me embiste y yo no le leo la carta del apóstol San Pablo a los corintios. Créame, es infumable, y si a mí me cuesta no dormirme, imagínese a un toro que no tiene obligación dominical.

La bestia avanzó un paso, haciendo temblar la tierra bajo sus pezuñas de azabache.

El pueblo entero contuvo el aliento. Doña Altagracia empezó a rezar el Credo a velocidad de pregón de subasta.

Herculano, con más fe que juicio y más astucia que ambas, sacó del bolsillo una flauta de caña —que en otro tiempo usaba para espantar palomas del campanario y para entretener a los monaguillos después del catecismo— y comenzó a tocar una melodía que aprendió de un gitano borracho en la feria de Zacatlán, una tonada que mezclaba aires moriscos con lamentos de serranía.

Milagrosamente, el toro detuvo su ímpetu como si hubiera chocado contra un muro invisible. Primero ladeó la cabeza con curiosidad bovina. Luego cerró los ojos, embelesado. Después... ¡se sentó sobre sus cuartos traseros como un perrillo amaestrado!

La multitud, que se había reunido a prudente distancia (es decir, detrás de los árboles más gruesos, sobre los tejados y hasta en lo alto del campanario), estalló en vítores, aplausos y cruces rápidas.

—¡El sacristán encantador de toros! —gritaron los niños, que ya empezaban a inventar coplas sobre el suceso.

—¡Santo varón, santo ya es! —susurró doña Altagracia, santiguándose con tanta devoción que casi se disloca un hombro, sin saber si besar a Herculano, a la flauta o al suelo que pisaban ambos.

—¡Cállense, herejes, que no es milagro sino maña! —gritó el padre Artemio desde el balcón de la rectoría, aunque también tenía lágrimas en los ojos y una sonrisita inconfesable que indicaba que el evento iría directo a su sermón dominical.

Don Filemón, entre pasmado y agradecido, se arrancó el sombrero con reverencia y ofreció una pierna de chivo asada, una reja de manzanas reinetas y una botella de mezcal añejo como paga por tan prodigioso servicio.

—Lo de la pierna y las manzanas está bien —dijo Herculano, guardando la flauta con la dignidad de un general que enfunda su espada tras la victoria—. Pero el mezcal lo dejo para el epílogo, no vaya a ser que me mande al cielo antes de tiempo, que ya bastante tengo con esquivar a este emisario cornudo del averno.

Y mientras decía esto, el toro se había acercado mansamente a lamerle la mano como un corderillo, ante los suspiros de las mujeres y la perplejidad de los hombres, que ya no sabían si el sacristán era santo, brujo o simplemente el más listo de todos ellos.

Esa noche, el toro durmió tranquilo, doña Altagracia reposó sin pesadillas cornudas, y Herculano añadió a su lista de proezas:

Trabajo III: Bestia bravía, domada sin látigo ni blasfemia, sino con la música que Dios puso en una humilde caña, demostrando que hasta el diablo danza si el son es del cielo.

Capítulo IV

La limpieza del campanario encantado

En el que Don Herculano se enfrenta a espíritus, palomas y otras pestes voladoras

El cuarto trabajo vino con un estruendo a media misa, cuando el sol de mediodía caía a plomo sobre la iglesia de Los Altos de los Terreros, haciendo sudar santos de piedra y pecadores de carne.

No fue un trueno, ni un órgano desafinado, ni la caída de algún borrachín en la pila bautismal. Fue algo peor, algo que la decencia apenas permite narrar: una paloma, criatura supuestamente mensajera del Espíritu Santo, hizo sus necesidades celestiales justo sobre el misal del padre Artemio en plena consagración.

—¡Sacrilegio aéreo! —bramó el cura, limpiándose con una servilleta que decía "Feliz cumpleaños, Lupita", reliquia de algún festejo parroquial donde el vino corrió más generoso que las limosnas—. ¡El Señor manda señales, pero ésta resulta demasiado maloliente!

Las beatas chillaron como si el mismísimo diablo hubiera arrojado excremento desde una nube, santiguándose con tanta vehemencia que parecían espantarse moscas invisibles. Don Epifanio, el boticario cojo, juró haber visto una sombra en el campanario que murmuraba en latín antiguo y olía a azufre... o a queso de cabra viejo, que en Los Altos de los Terreros era casi lo mismo para un olfato poco educado.

Ya se rumoraba en el pueblo que desde hacía meses el campanario estaba poseído por algo, o alguien, cuya naturaleza oscilaba entre lo maligno y lo ridículo. Las palomas entraban, pero no salían —como las monedas en las arcas del usurero—. Los murciélagos hacían retiros espirituales, colgados en racimos como uvas negras de penitencia. Y los monaguillos se negaban a subir, alegando que la última vez una silueta con hábito les había escupido desde las alturas, dejándoles el pelo tan tieso como si hubieran visto al recaudador de impuestos.

—¡Ayer me tiraron un zapato viejo! —se quejó doña Escolástica, la peinadora de difuntas.

—¡A mí me cayó un hueso de aceitunas justo cuando rezaba por mi difunto esposo! —añadió doña Remedios, viuda tan alegre que enterró a tres maridos con la misma mantilla.

El padre Artemio, que entre misas y condenas ya andaba harto de aparecer como víctima colateral de las fechorías del campanario, se limpió los últimos restos de indignidad aviar y declaró en voz alta durante el sermón, con el dedo índice apuntando al cielo como una lanza de justicia:

—¡Penitencia para todos los que murmuraron del campanario y no hicieron nada! ¡Y quien los represente deberá purgarlo, como purga el alma sus pecados en el purgatorio!

Todos voltearon al mismo tiempo hacia Herculano, sentado en la última banca junto a la puerta (posición estratégica para huidas discretas durante homilías soporíferas), quien ya se preparaba el nudo de la cuerda con que iba a trepar, y se santiguaba por si las dudas. Su rostro, curtido por el sol y las aventuras previas, mostraba esa resignación propia del que nació con la mala estrella de resolver problemas ajenos.

—Don Herculano —susurró el sacristán—, dicen que arriba habita un demonio con alas de paloma y cabeza de burro.

—¿Y si sí hay fantasmas, padre? —preguntó nuestro héroe, rascándose la incipiente calva que brillaba como un pequeño sol bajo la luz de los vitrales.

—¡Con más razón, hijo! —respondió el cura, dándole una palmada que sonó a sentencia—. Ahí sí que te ganas el cielo por anticipado. Y si no hay fantasmas,

al menos nos librarás de esas palomas irreverentes. De cualquier forma, la gloria te espera: aquí o en el más allá.

Dicho esto, el buen Herculano ajustó su cinturón de cuero descolorido, se persignó tres veces (una por el Padre, otra por el Hijo, y la tercera por si las dos primeras no bastaban), y emprendió la marcha hacia la escalera de caracol que conducía al campanario.

Subió Herculano con una linterna de aceite que más humeaba que alumbraba, un cubo de cal recién apagada, una bolsa de maíz (por si las palomas eran sobornables como los funcionarios del cabildo), y una estampa de San Miguel Arcángel, que encontró detrás del reloj de sol y que guardó en el bolsillo del chaleco, junto al corazón, como escudo espiritual.

Las escaleras chirriaban bajo sus pies como si contaran chismes de su peso. El polvo acumulado de décadas le hacía estornudar cada tres peldaños, marcando su ascenso como un rosario de estornudos. A mitad de camino, una araña del tamaño de un real de plata le miró con sus ocho ojos, como evaluando si valía la pena tejerle una mortaja.

—Señora araña —murmuró Herculano con respeto—, si me deja pasar, prometo no barrer sus telas cuando limpie.

La araña, como toda buena vecina de Los Altos de los Terreros, aceptó el trato y se retiró a un rincón.

Al llegar al último tramo, donde la luz apenas se filtraba por rendijas centenarias, se topó con el espectáculo que ninguna feria ambulante hubiera podido igualar: nidos sobre nidos apilados como torres de Babel emplumadas, huesos de ave que parecían restos de un festín de brujas, alas secas colgando como banderas derrotadas, y una capa de guano tan densa y antigua que podía sembrarse maíz y esperar cosecha abundante. El hedor era tan intenso que Herculano pensó que había encontrado la puerta trasera del infierno.

Y en medio de todo aquel caos ornitológico, una figura encapuchada movía los brazos y murmuraba como en trance, rodeada de palomas que parecían escuchar sus palabras con más atención que los feligreses al sermón dominical.

—¡En el nombre de Cristo y de la decencia, sáquese de aquí, espectro! —gritó Herculano, blandiendo la linterna como si fuera la espada flamígera de un querubín enfadado.

La figura se sobresaltó, provocando un aleteo general que levantó una nube de plumas y polvo. Cuando el aire se aclaró, la voz que salió de bajo la capucha sonaba más a viejo reumático que a demonio atormentado.

—¡No soy espectro, soy el tío Anacleto! —respondió la figura, quitándose la capucha para revelar un rostro arrugado como pasa al sol, con una barba blanca tan larga que podría haberse tropezado con ella.

Resultó ser un ermitaño olvidado por la diócesis, que había sido enviado décadas atrás para arreglar el reloj del campanario... y después se le olvidó bajar. O más bien, como confesó entre toses y bendiciones, decidió quedarse

arriba cuando descubrió que ahí nadie le pedía prestados los cuartos ni le invitaba a bautizos donde tendría que llevar regalo.

—¿Y las palomas? —preguntó Herculano, apartando con el pie una que picoteaba insistentemente la punta de su bota como si buscara grano en cuero curtido.

—Son mis discípulas y compañeras... les recito el Libro de los Números cada mañana, aunque algunas prefieren picotearme los dedos o dormirse en los pasajes menos emocionantes —explicó Anacleto, acariciando una paloma gris que se posaba mansamente sobre su hombro—. Esta es Eufrasia, la más devota. Aquella de allá, la pinta, es Casilda, que siempre llega tarde a la oración.

—¿Y el guano? —insistió Herculano, señalando el suelo cubierto de aquella sustancia blanquecina.

—Fertiliza la fe, hijo —respondió el ermitaño con absoluta seriedad—. ¿No has visto cómo crecen los arbustos de Jericó alrededor del campanario? ¡Es milagro de mis niñas!

Don Herculano, sin alterarse más de lo que un hombre prudente se altera ante las locuras ajenas, se rascó la barbilla pensativo. Luego, con la diplomacia propia de quien ha tratado con cabras testarudas y mulas filosóficas, persuadió al tío Anacleto de que su ministerio sería más apreciado a nivel del suelo, donde los fieles podrían beneficiarse de su sabiduría sin necesidad de subir ciento veintisiete escalones.

Bajó al tío Anacleto a rastras, con la dignidad que se le debe a un santo loco, mientras el anciano se despedía de cada paloma por su nombre cristiano. Una vez abajo, Herculano repartió el maíz entre las aves (que lo perdonaron por no traer pan bendito), y se puso a limpiar el campanario con tanta fuerza y determinación que la cal brilló como mármol en Pascua.

Barrió huesos, nidos y recuerdos. Encaló paredes manchadas por años de abandono. Arregló la cuerda de la campana mayor que pendía deshilachada como la paciencia de un maestro de escuela. Y hasta encontró tres monedas de plata de tiempos del virrey, que entregó honradamente al padre Artemio (quien las guardó menos honradamente en su bolsillo personal).

El campanario volvió a ser lo que debía: un lugar alto, limpio y decorosamente aburrido, desde donde las campanas podrían llamar sin interferencia de alas o sermones para pájaros.

El padre Artemio bendijo el lugar con agua bendita y unas gotas de aguardiente (para los nervios de las campanas, según dijo). Las beatas, al ver que las palomas ya no les manchaban el peinado de las confirmaciones ni interrumpían sus oraciones con deposiciones impías, cantaron himnos con más brío que un coro de ángeles con prisas.

Y el tío Anacleto fue reubicado en la sacristía, donde se encargó de cuidar las velas... y las gallinas de los alrededores, a las que empezó a catequizar con

tanto éxito que, según afirman las malas lenguas, una puso un huevo con la imagen de San Francisco de Asís grabada en la cáscara.

Trabajo IV: Campanario purgado de plumas, espectros y excremento; recuperado un ermitaño extraviado y reconvertido en sacristán avícola.

Capítulo V

La cierva dorada del monte Calvo

En el que Don Herculano persigue a una beata extraviada, confundida con criatura celestial

Todo comenzó con un grito que rasgó la modorra de la siesta en Los Altos de los Terreros, un pueblo donde las noticias llegaban con tanta demora que a veces se encontraban con sus propios desmentidos en el camino.

—¡Milagro, milagro! ¡He visto a una cierva dorada subiendo el monte Calvo, brillando como custodia en Corpus! —exclamó don Tenorio, el sacristán retirado, más ciego que murciélago en cuaresma, pero muy dado a las visiones desde que una viga le cayó sobre la cabeza durante la renovación del altar mayor.

Don Tenorio había salido esa mañana a buscar hierbas para su catarro eterno, y regresó con el sombrero torcido y los ojos desorbitados como quien ha visto bailar a la Virgen de Guadalupe con San Pascual Bailón.

La noticia se regó por el pueblo más rápido que la peste del pulque adulterado en día de feria. A la media hora, ya había promesa de peregrinación, estampas mal dibujadas por doña Clotilde (que confundía las ciervas con las cabras por cuestión de principios artísticos), y hasta una canción ranchera improvisada por el ciego Teodomiro, que rimó "cierva" con "minerva" y "conserva" sin vergüenza alguna, provocando que hasta las gallinas se taparan los oídos con las alas.

—Es señal del cielo —decretó el padre Artemio, que ya olía negocio más que vocación en el asunto—. Una cierva dorada no aparece todos los días, ni siquiera en las cantinas después del quinto tequila. Pero antes de montar el altar de la devoción y mandar imprimir los calendarios, alguien debe certificar la aparición con ojos sobrios y alma limpia.

Y adivina quién fue el elegido para tal empresa, como si el destino tuviera un sentido del humor más retorcido que un camino de montaña.

—¡Don Herculano! —corearon las beatas con fe y picardía, viendo en él al único hombre del pueblo con suficiente sentido común para no confundir un burro con un ángel—. ¡Él sabrá distinguir lo santo de lo zoológico!

Herculano, que en ese momento disfrutaba de un merecido descanso después del asunto del campanario, se encontraba sentado bajo la sombra de un mezquite, contemplando el vuelo de los zopilotes con la admiración filosófica de quien aprecia la paciencia ajena. Al escuchar su nombre en labios de la

comitiva que venía a buscarlo, suspiró con la resignación del burro a quien siempre cargan primero.

—¿Y si no encuentro nada? —preguntó, sabiendo que la respuesta no cambiaría su suerte.

—¡Pues rezarás más fuerte! —sentenció el padre Artemio—. Y si encuentras a la cierva, serás el primero en tocarla, que dicen que las ciervas doradas dan suerte... o sarna bendita, que también vale para ganar indulgencias.

Armado con binoculares del siglo XIX (que habían pertenecido a un general juarista miope), una red de gallinero (por si la cierva resultaba más terrenal que divina), un morral con queso y pan (porque a los milagros también se les aborda mejor con el estómago lleno), y la bula papal de su bautizo (por si tocaba negociar con lo divino o presentar credenciales ante apariciones exigentes), Herculano emprendió la subida al monte Calvo al día siguiente, justo al amanecer.

Lo acompañaban tres niños monaguillos que fungían de escuderos: Pancracito, hijo del herrero, con cara de no haber roto nunca un plato pero sí toda la vajilla; Lencho, sobrino del boticario, que coleccionaba lagartijas y pecados veniales con el mismo entusiasmo; y Pitacio, nieto de la partera, que rezaba el rosario al revés cuando quería que lloviera a mitad de la escuela.

El monte Calvo, llamado así por la ausencia casi total de vegetación que lo hacía parecer la coronilla de un fraile anciano, era en realidad una loma pálida y pedregosa donde apenas crecían tres especies de cactus, rumores interminables sobre tesoros enterrados, y lagartijas de aspecto filosófico que parecían contemplar el paisaje con más resignación que esperanza.

—¿Y cómo sabremos que es la cierva divina? —preguntó Pancracito, mientras subían por un sendero tan sinuoso como los argumentos de un político en apuros.

—Si brilla, no muerde, y no huye al vernos, es divina —explicó Herculano, que tenía su propia taxonomía para clasificar apariciones—. Si nos embiste, tiene cuernos del tamaño de mi brazo y huele a rayos, es el toro de don Abundio que se volvió a escapar.

Tras tres horas de caminar bajo un sol que derretía hasta las buenas intenciones, buscar entre peñascos que parecían cráneos prehistóricos, y evadir víboras de aspecto filosófico que se asoleaban con la indolencia de señoritas en día de fiesta, Herculano avistó algo moviéndose con gracia sobrenatural entre los arbustos resecos.

Allí estaba: una figura blanca y dorada, de pezuñas delicadas, que brincaba entre las rocas con la ligereza de un ángel y la silueta de una bailarina gorda. En su cabeza, algo brillaba como un pequeño sol o una diadema de santa.

—¡Ahí está! —gritó Lencho, señalando con un dedo tembloroso de emoción.

—¡La cierva dorada! —chilló Pitacio, casi desmayándose de la impresión.

—¡No disparen! —ordenó Herculano, aunque nadie tenía armas y los niños apenas si portaban catapultas de liga para espantar moscas—. Que si es de

Dios, ha de entregarse sola, y si es del diablo, de nada servirá correr porque tiene el infierno de su lado.

Se acercaron con el sigilo de confesores ante pecado gordo. La criatura, al notar presencia humana, se detuvo como evaluando la situación. Luego, en un arranque de pánico o inspiración divina, dio un brinco elegante digno de bailarina de La Scala y, por desgracia para la dignidad celestial, cayó de bruces detrás de una piedra con un ruido que sonó a gloria interrumpida.

Se oyó un grito agudo, muy poco ciervil, seguido de una retahíla de improperios dignos del muelle más concurrido de Veracruz.

Los cuatro cazadores de milagros se precipitaron hacia el lugar, y lo que encontraron dejó a los niños con la boca tan abierta que casi se les cae el catecismo por ella. La visión fue tan desconcertante como reveladora: no era una cierva, ni dorada, ni milagrosa, ni siquiera un animal.

Era doña Prudencia Santillana y Buendía, beata octogenaria famosa por sus visiones durante la misa de seis y por haber visto la cara de San Pascual en una tortilla quemada. Estaba envuelta en el mantel dorado del altar mayor que había "tomado prestado" tres días antes "por mandato divino", según balbuceó cuando la descubrieron. El brillo en su cabeza no era corona celestial sino el ostentorio pequeño que se usaba para las procesiones en la fiesta del pueblo, ahora abollado por la caída.

—¡El Señor me habló en sueños y me dijo: huye al monte, que ahí te hallarás a ti misma! —balbuceó, llena de fervor y tierra en las cejas que parecían dos orugas desorientadas—. ¡Y me dijo también que comiera raíces y bebiera el rocío de la mañana, como los profetas del desierto!

—¿Y encontró algo, doña Prudencia? —preguntó Herculano, ayudándola a incorporarse mientras los muchachos recogían el mantel y el ostentorio con más curiosidad que reverencia.

—Una víbora que me quiso morder el alma, pero le recité un salmo y se fue —respondió con dignidad, ajustándose un moño que parecía un nido abandonado—. Y vi ángeles danzando sobre ese peñasco, aunque bien podrían haber sido las lagartijas, que con estos ojos ya no distingo lo divino de lo reptil.

Con paciencia franciscana, Herculano le explicó que los profetas raramente llevaban manteles bordados ni ostensorios de plata, y que el padre Artemio, lejos de considerarla una santa, había estado a punto de llamar a la guardia rural por el hurto de objetos sagrados.

—¿Hurto? ¡Ave María Purísima! —se persignó la anciana—. ¡Fue préstamo espiritual! Además, ¿qué es más importante: un mantel o la salvación de mi alma?

—Para usted, su alma. Para el padre Artemio, el mantel que costó un año de limosnas —razonó Herculano con la lógica aplastante del sentido común.

Doña Prudencia fue devuelta en procesión inversa, sobre un burro prestado por un pastor que pasaba por ahí (y que cobró el favor en bendiciones que

esperaba poder cambiar por tortillas en algún momento), entre aplausos y miradas cómplices de los vecinos que salían a los caminos al enterarse del desenlace del "milagro".

Al llegar al pueblo, el padre Artemio la esperaba en la plaza con los brazos cruzados y el ceño tan fruncido que parecía haberse comido un limón verde. La declaró públicamente "lúcida pero imprudente", y le impuso de penitencia rezar cien Ave Marías sin errar ni una coma, más lavar el mantel dorado a mano con agua de rosas para quitarle el olor a "santidad silvestre".

El cura, sin embargo, no desaprovechó la ocasión. Declaró que si bien no había cierva dorada, el hecho de que una anciana sobreviviera tres días en el monte sin más sustento que raíces y el rosario era en sí mismo un milagro menor, o al menos una hazaña digna de una medalla de cobre.

Don Herculano recibió como pago por sus servicios una bolsa de tunas (algunas con espinas aún, para que practicara la paciencia), una bendición especial para "casos de confusión entre lo divino y lo humano", y una serenata improvisada por los monaguillos con cazuelas y cucharas que sonó más a tormenta en ferretería que a música celestial.

Y así fue como el quinto trabajo quedó registrado en las crónicas no escritas de Los Altos de los Terreros, resumido por el escribano municipal, don Serapio, como: *"Cierva celestial desmitificada; se trataba de beata con vocación atlética y tendencias al hurto inspirado"*.

Esa noche, mientras Herculano contemplaba las estrellas desde su portal, pensó que la fe movía montañas... y también a ancianas con manteles robados, lo cual era, a su manera, otro tipo de milagro.

Capítulo VI

La limpieza de los corrales del regidor

Donde nuestro sacristán desciende a las cloacas del poder… literal y figuradamente

El regidor don Tránsito Buenrostro era hombre tan influyente en la villa como los gases que nadie convida pero todos padecen. Poseedor de la única casa con retrete interior y dos gallinas crestadas con nombres bíblicos —Judith y Ester—, ejercía su autoridad con la severidad de un inquisidor que cobrara renta y diezmo hasta por respirar el aire de sus dominios.

Su pecado —confesado a regañadientes y tras infinitas súplicas de su mujer, que temía el purgatorio más que a las cucarachas— fue el de la soberbia. No por creerse superior a sus vecinos, cosa que daba por sentada desde su nacimiento, sino por jurar ante el mismísimo altar que su establo, donde criaba puercos moteados, chivos cabizbajos, y un burro asmático de nombre Isaías, era el más pulcro y aseado de toda la comarca y tres leguas a la redonda.

—Padre —dijo con presunción mientras se mesaba los bigotes engrasados con manteca de cerdo—, si Nuestro Señor descendiera hoy mismo del cielo, no dudaría en sentarse allí a tomar el fresco y alabar mi diligencia.

—¡Penitencia! —tronó el padre Artemio, que olía la mentira como perro hambriento huele el tocino—. ¡Y de las sucias, para que aprendáis humildad! Que alguien lo ayude a redimir su corral pecaminoso... y de paso, su alma hinchada de vanidad.

Como ocurría desde tiempos inmemoriales cuando se trataba de faenas desagradables, todas las miradas cayeron sobre Herculano, quien ya iba por la mitad de su frugal desayuno cuando le notificaron que debía presentarse con pala, costal, rosario preventivo y fe renovada en la misericordia divina.

—¿Tiene que ser precisamente hoy, padre? —preguntó nuestro sacristán, contemplando con desconsuelo un tamal que había conseguido tras laboriosa negociación con la cocinera del párroco.

—Cuanto más tibia está la bosta, más purifica el alma —le respondió el cura con solemne gravedad teológica, que lo decía por no ir él y continuar con su siesta reparadora tras la misa de siete.

Al llegar al mentado corral, Herculano sintió el impacto de los efluvios con la fuerza de una revelación pentecostal o un martillazo en las sienes. El hedor no solo se adhería a la piel cual pecado mortal: se infiltraba en el alma, buscaba rincón, cavidad, pensamiento impuro, y ahí anidaba como demonio recién llegado del averno.

Los animales lo observaban con la sospecha de quien ve entrar al verdugo: los cerdos gruñían como regidores en pleno concejo municipal, el burro Isaías resoplaba salmos invertidos que sonaban a maldiciones de carretero, y los chivos parecían confabulados en una rebelión que no tardaría en estallar.

—¡Buenos y santos días os dé Dios! —proclamó el sacristán, tapándose la nariz con el escapulario ya amarillento—. Soy Herculano, enviado por el mismísimo Altísimo... a través de su siervo el padre Artemio... y a instancias de vuestra esposa, que jura no aguantar un día más el pestilente aroma que emana de vuestras posesiones.

Emprendió la faena armado de una pala prestada que crujía con el lamento de hueso viejo en articulación gotosa. Cada paletada se convertía en ejercicio de meditación: el estiércol, filosofaba para sus adentros, es perfecta metáfora del alma humana; mientras más tiempo se acumula, más petrificado se torna y más esfuerzo requiere moverlo.

Fue desalojando montículos que parecían pequeñas sierras, liberando gallinas sepultadas que emergían como Lázaro de su tumba, redescubriendo herramientas olvidadas bajo capas estratificadas de inmundicia que podrían servir a los eruditos para datar la historia del pueblo.

A la hora del mediodía, cuando el sol castigaba sin misericordia su espalda encorvada, encontró entre las heces —¡oh prodigio de la arqueología escatológica!— un retrato en miniatura del regidor en sus años mozos,

cuando aún creía en la honestidad fiscal y no había descubierto el arte de aumentar sus arcas a costa del erario. Lo guardó como reliquia, pensando que algún día podría servirle de moneda de cambio.

Cuando sonaron las campanas del Ángelus, el corral semejaba ya otra cosa enteramente distinta: los animales caminaban sin tropezar con sus propios desechos, el burro respiraba con agradecida expansión pulmonar, y hasta una atrevida mariposa —quizás enviada como señal divina— se posó sobre el comedero recién fregado sin caer fulminada por efluvios mortíferos.

Don Tránsito, visiblemente conmovido por la redención de su pocilga y temeroso de que alguien recordara sus alardes, ofreció una comida en honor de Herculano. Sirvió frijoles resecos, queso duro como piedra de molino y agua con sospechoso sabor a cilantro fermentado y promesas incumplidas.

—Has logrado lo que ni yo mismo conseguí en veinte años de posesión —confesó el regidor, mascando las palabras como el queso—. ¡Mi alma respira aliviada!

—Y la del burro Isaías también, que ya no resuella como fuelle roto —replicó Herculano, lavándose con fruición las manos en vinagre rancio, único líquido purificador que halló en la casa.

El padre Artemio, tras inspección minuciosa y teatral, certificó el milagro con un sello parroquial y anotó en el libro de penitencias cumplidas con letra temblorosa por la emoción (o por el vino de consagrar):

"Trabajo VI: Corrales lavados con sudor de justo, dignidad del regidor aireada como ropa en domingo, estiércol transformado en virtud y ejemplo para la comunidad. Doy fe que hasta las moscas vuelan más ligeras."

CAPÍTULO VII

La expulsión del ladrón del pan bendito

Donde se desenmascara a un ratón glotón, una beata vengativa de férreas convicciones dietéticas y un cura miope que confunde la piedad con el apetito

Todo comenzó con un escándalo eucarístico que sacudió los cimientos de la parroquia de Santa Perpetua del Ayuno Intermitente, justo cuando el sol de la mañana apenas se colaba por los vitrales polvorientos, dibujando halos de santidad sobre cabezas mayormente pecadoras.

—¡Se han robado el pan bendito! —vociferó la hermana Veneranda con una voz que hizo temblar hasta las estatuas de los mártires, mientras abría el copón de las hostias y hallaba, en lugar del cuerpo de Cristo, apenas unas migajas dispersas y un cabello gris y rizado que ciertamente no pertenecía a ninguna divinidad conocida.

El padre Artemio, que acababa de despertar de una siesta involuntaria provocada por el tedio de sus propias oraciones matutinas, llegó presuroso

con sotana mal abrochada y un aliento que delataba su predilección por el vino de consagrar:

—¡Sacrilegio! ¡Profanación! ¡Infamia intolerable! —bramó con genuina indignación, no tanto por la ofensa teológica sino porque aún no desayunaba y contaba con al menos dos de aquellas hostias para mantenerse en pie durante el soporífero sermón de las nueve, ese que él mismo componía pero nunca recordaba—. ¡Santo cielo! ¡Esto es peor que cuando robaron la corona de la Virgen y la reemplazaron con un sombrero de paja!

La noticia corrió como pólvora bendita entre los fieles que aguardaban en las bancas, produciendo un pánico eclesiástico inmediato. Las viejas persignándose con velocidad olímpica, los jóvenes acólitos buscando culpables entre sus propias filas, y don Romualdo, el campanero, tocando a rebato como si anunciara el Apocalipsis o una rebaja en la carnicería de doña Dolores.

—¿Quién podría ser tan vil? —murmuraban unos.

—¿Un protestante infiltrado? —susurraban otros.

—¿Un gato poseído por Belcebú? —teorizaba el sacristán mientras se santiguaba tres veces.

—¿Algún revolucionario hambriento que confundió la comunión con desayuno continental? —aventuró el boticario, hombre de escasa fe pero amplia imaginación.

—¡Es el mismísimo Anticristo! —sentenció doña Cirila con una convicción absoluta, mientras se abanicaba vigorosamente para evitar un desmayo calculado. No era novedad para nadie: doña Cirila veía al Anticristo cada quince días, con la misma regularidad con que fluctuaba su presión arterial o llegaban los chismes frescos al mercado.

El padre Artemio, comprendiendo la gravedad del asunto y temiendo que sus feligreses formaran un tribunal inquisitorial por cuenta propia (ya había pasado cuando desapareció el incienso importado), convocó una comisión de urgencia suprema. Ésta quedó constituida por tres beatas de reputación inmaculada (aunque lengua afilada), el sacristán mayor don Prudencio (que de prudente solo tenía el nombre) y Tomasito, el único monaguillo que sabía leer sin mover los labios.

La comisión se reunió en la sacristía entre miradas suspicaces y acusaciones veladas. La hermana Veneranda acusaba con el índice tembloroso al sacristán por su conocida debilidad por los dulces; el sacristán sospechaba del padre Artemio y su apetito matutino; y doña Petronila, la beata más antigua del pueblo, desconfiaba principalmente de sí misma, alegando haber caminado sonámbula la noche anterior.

Como todos desconfiaban de todos (y, más importante aún, nadie quería ensuciarse las manos con la custodia, que llevaba décadas sin ser pulida), terminaron, como era tradición inmemorial ante cualquier misterio parroquial, en lo de Herculano.

Nuestro protagonista se presentó en la iglesia ataviado con su mejor capa de detective aficionado—una vieja manta que su abuela había convertido en sobre todo—, su inseparable libreta de apuntes manchada con cera de vela, una linterna oxidada que funcionaba intermitentemente según el humor de Santa Rita, patrona de los imposibles, y una rebanada de pan dulce que serviría tanto de cebo como de refrigerio para sus neuronas investigadoras.

—Necesito acceso irrestricto a la sacristía, la despensa parroquial, el confesionario y la boca de todas las beatas que hayan comulgado dos veces el domingo pasado —declaró con una autoridad sospechosamente científica que había aprendido de leer novelas policíacas a la luz de las velas—. Y también requiero una taza de chocolate caliente para agudizar mis sentidos deductivos.

El padre Artemio, desesperado y con el estómago rugiendo como las furias del averno, accedió a todas sus peticiones, añadiendo incluso un permiso para interrogar al gato parroquial, ser huraño y malhumorado que todos sospechaban era la reencarnación del antiguo obispo.

Herculano, haciendo honor a su reputación de meticuloso a destiempo, comenzó su inspección del lugar sagrado. Lo primero que notó, y que había escapado a los ojos miopes del padre y al celo excesivo de las beatas, fue un delicado pero innegable rastro de migas que, como las piedrecitas de Hansel y Gretel, formaban un sendero desde el altar mayor hasta el confesionario, ese mismo donde el padre Artemio solía cabecear entre pecado y pecado de sus feligreses.

Al seguir este camino de fragmentos eucarísticos, Herculano encontró una pequeña abertura en el muro, justo detrás del reclinatorio donde el sacerdote apoyaba sus rodillas artríticas mientras fingía escuchar confesiones que ya sabía de memoria.

Acercando su oído a la misteriosa grieta, Herculano percibió un sonido que heló la sangre de las beatas que lo observaban con ojos desorbitados. Allí, entre sombras y telarañas, se oía un crujido discreto pero inconfundible… como de dientes diminutos royendo la mismísima eternidad en forma de harina consagrada.

—¡Ajá! —exclamó Herculano con el júbilo del cazador que atrapa a su presa, introduciendo con destreza su mano en la abertura.

Lo que extrajo de aquel agujero no fue a Belcebú disfrazado ni a un agente secreto de alguna secta herética. Ante el asombro general y los desmayos múltiples de las beatas (que ya tenían práctica en perder el conocimiento simultáneamente), Herculano sostenía entre sus dedos a un ratón gordo, redondo y visiblemente satisfecho, con los bigotes empolvados de harina consagrada y una expresión de beatitud que muchos feligreses no alcanzaban ni después de horas de rosario.

—¡Se lo juro por San Expedito y todos los santos del refectorio, padre... esto es transubstanciación roedora! —sentenció Herculano, depositando al delincuente sacramental en un frasco de mermelada vacío que siempre

llevaba consigo para emergencias investigativas—. Este pequeño glotón ha estado comulgando sin confesarse.

El padre Artemio se acercó al recipiente, ajustándose los anteojos que resbalaban por su nariz romana:

—¡Por las barbas de San Jerónimo! Parece más satisfecho que yo después del banquete de la fiesta patronal —observó con una mezcla de indignación clerical y admiración gastronómica—. ¿Pero cómo llegó hasta el copón? Está a más altura que mis esperanzas de ser obispo.

Herculano, sin embargo, intuía que el misterio no acababa ahí. Su olfato detectivesco, afinado por años de resolver enigmas parroquiales como "El caso del vino de misa aguado" o "El misterio de las velas que se derriten más rápido los viernes", le indicaba que había una mano humana detrás de aquel roedor sacrílego.

Al revisar el lugar con más detalle y armado ahora con la linterna que milagrosamente había decidido funcionar, halló, enterrado bajo un reclinatorio carcomido por las edades y los arrepentimientos, un papel arrugado y manchado con lo que parecía ser jugo de remolacha. El mensaje, escrito con letra temblorosa pero decidida, rezaba:

"Si no reponen el pan de centeno, robaré el blanco también. La salud espiritual comienza por el intestino. Firmado: La Veneranda Justiciera".

Era indudablemente letra femenina, con trazos que delataban rabia contenida, determinación nutricional y una gramática sorprendentemente correcta para tratarse de una amenaza sacrílega.

Herculano miró directamente a la hermana Veneranda, que en ese preciso instante fingía un interés desmedido en las llagas de la imagen de San Lázaro. Con la evidencia en mano y un gesto teatral que había ensayado frente al espejo del lavadero, proclamó:

—¡Tenemos a la cómplice humana! La hermana Veneranda ha estado conspirando con este roedor para sabotear la eucaristía por motivos... ¡dietéticos!

Un jadeo colectivo recorrió la sacristía. La hermana Veneranda, acorralada entre la evidencia y la mirada acusadora del ratón (que parecía dispuesto a confesar con tal de negociar una condena menor), se derrumbó sobre un banco y, entre lágrimas que amenazaban con inundar las catacumbas subterráneas y sollozos que despertaron al gato parroquial, confesó su crimen:

—¡Es cierto! —exclamó con voz entrecortada pero aun así perfectamente audible hasta la plaza del pueblo—. ¡Yo le enseñé el camino al roedor! ¡Yo le abrí la puerta al sagrario! ¡Pero todo fue por una causa justa!

Sometida a un interrogatorio que combinaba amenazas de excomunión, promesas de indulgencias parciales y la posibilidad de perder su puesto privilegiado en la procesión anual, la hermana Veneranda reveló la totalidad de su plan:

—¡Estoy harta! —proclamó, irguiéndose con la dignidad de una mártir nutricional—. ¡Harta de que solo se compre hostia de harina refinada! ¿Saben lo que eso le hace al tránsito intestinal de los feligreses? ¡Llevamos años estreñidos espiritualmente! Por eso coloqué estratégicamente pan integral en la sacristía para que el ratón desarrollara gusto por los granos enteros y así, al robar las hostias, demostrara mi punto sobre la importancia de la fibra en la dieta eucarística.

—¡Para que aprendan a respetar la fibra y los cereales integrales! —sollozó, mientras sacaba de su bolsillo un pequeño libro titulado "Salvación Digestiva: La Fibra Como Camino Al Cielo" que había estado distribuyendo secretamente entre las ancianas del pueblo.

El padre Artemio, consternado ante semejante conspiración nutricional y temeroso de que el obispo se enterara de que su parroquia había sido escenario de una rebelión dietética, se retiró a meditar su respuesta en la soledad de su despacho (donde, se rumoreaba, guardaba una botella de coñac para emergencias teológicas como ésta).

Tras una hora de deliberación, durante la cual se oyeron desde suspiros profundos hasta fragmentos del "Dies Irae" tarareados nerviosamente, el sacerdote emergió con su dictamen:

—Habiendo considerado la gravedad del sacrilegio, la intención reformista aunque desviada de la perpetradora, y la evidente satisfacción del cómplice roedor —proclamó con voz que intentaba ser solemne pero delataba su hambre postergada—, dicto la siguiente sentencia eclesiástica:

»Primero: El ratón, a quien bautizo con el nombre de Fibronio en atención a sus preferencias dietéticas, será exiliado con honores al huerto parroquial, donde tendrá acceso ilimitado a granos y semillas integrales.

(Cabe mencionar que, una vez liberado en el huerto, Fibronio fue recibido como mártir y profeta por la comunidad roedora local, iniciando una secta que adoraba las migas y practicaba ayunos voluntarios los días de gato).

»Segundo: La hermana Veneranda deberá rezar un rosario diario mientras consume, como penitencia nutritiva, una ración completa de galletas de avena sin azúcar, comprobando así en carne propia las consecuencias de sus prédicas.

»Tercero: En reconocimiento a ciertas verdades incómodas reveladas por este incidente, el pan bendito se comprará en adelante mitad blanco para los tradicionalistas, mitad integral para los reformistas, satisfaciendo así tanto al espíritu como al intestino de nuestra amada feligresía.

»Y finalmente —añadió el padre, mirando directamente a Herculano—, nuestro detective parroquial recibirá como justa recompensa por sus servicios a la verdad y la digestión una caja completa de empanadas de vigilia, preparadas por las hermanas del convento de Santa Clara de la Buena Digestión.

Herculano recibió su premio con la humildad aparente que la ocasión requería, aunque por dentro calculaba ya cuántas empanadas podría consumir antes de que su madre se enterara. Más valioso aún que la recompensa comestible fue la mirada de admiración no disimulada que le dirigió el monaguillo mayor, Tomasito, quien desde ese día juró solemnemente estudiar "detectivismo pastoral" cuando creciera, y empezó a seguir a Herculano por el pueblo con una libreta y un frasco vacío de mermelada, listo para capturar misterios y roedores heréticos.

El caso quedó registrado en los anales parroquiales como "El Milagro del Pan Recuperado", aunque en las cocinas del pueblo se le conocería siempre como "La Rebelión de la Fibra Sagrada".

Y así, con el pan bendito ahora diversificado en su composición, un roedor redimido que alcanzaría estatus de leyenda entre los huertos, una beata con una causa nutricional que trascendía lo meramente terrenal, y un detective aficionado con la barriga llena de empanadas, se restauró la justicia eucarística en aquel pueblo donde hasta los milagros tenían un toque de digestión y picaresca.

Trabajo VII: Pan recuperado, roedor redimido, fibra respetada, justicia eucarística restaurada y el vientre de Herculano satisfecho con el dulce sabor del misterio resuelto.

Capítulo VIII

La doma del toro de San Bartolo

En el que Herculano lidia con cuernos ajenos, promesas incumplidas y estampidas sin metáfora

El toro en cuestión no era cualquiera, no señor. Respondía —cuando le daba la santísima gana— al infame nombre de Saturnino, bestia de pelaje negro azabache cuyas astas parecían talladas por un Lucifer con ínfulas de escultor. Era propiedad de don Bartolo Pechotes, un ganadero viejo y usurero cuya alma olía a aguardiente añejo, cuero quemado y avaricia rancia. El bueno de don Bartolo tenía la panza tan abultada como su cuenta en el banco municipal y un corazón que, de tan pequeño, parecía haberse encogido por temor a la generosidad.

El animal había sido traído desde tierras lejanas —léase, de más allá del ejido, que para los lugareños equivalía a mencionar territorios ultramarinos— con la sonora promesa de engendrar una nueva estirpe de reses prodigiosas que convertirían San Bartolo en la nueva Pamplona sin necesidad de santos ni procesiones.

—Es toro de casta bravía y mirada profética —proclamaba don Bartolo el día que lo presentó en la feria, mientras acariciaba sus propios bigotes engominados con la misma devoción con que las beatas acariciaban sus rosarios—. Con sus crías podremos hacer corridas que atraigan a los forasteros y sus bolsillos.

Pero la profecía se volvió apocalipsis, y el presagio se tornó desgracia con pezuñas. Saturnino rompía cercos como quien rompe promesas electorales, perseguía novias con más ahínco que los pretendientes oficiales, embestía bicicletas provocando acrobacias involuntarias dignas de circo romano, y oraba mugiendo frente al templo… justo cuando daban misa de difuntos, como si tuviera un sexto sentido para la blasfemia oportuna.

A nadie respetaba: ni al alcalde con su bastón de mando, ni al sacristán con su aspersorio tembloroso, ni al mismísimo retrato del obispo que colgaba en la sacristía y que, según las malas lenguas, sudaba gotas de óleo cuando se aproximaba el día de rendir cuentas al Vaticano.

Una mañana de domingo —la más santa del mes, según proclamaba el almanaque parroquial—, el toro irrumpió en plena procesión del Corpus Christi con la determinación de un hereje y la puntería de un arcángel vengador. Hubo quien juró por la memoria de su santa madre que embistió con precisión sacrílega justo al paso de la custodia, haciendo volar por los aires el incienso, los cirios, y a la beata Rufina, quien, a sus ochenta y tres años, experimentó su primer y último vuelo por encima de una carretilla de tamales. La pobre señora aterrizó con tal perfección sobre el puesto de doña Chole que se ganó un diez olímpico y tres avemarías de penitencia por las palabrotas que soltó al caer.

El padre Artemio, sin más recursos que su voz temblorosa, una copia deshojada del Misal y un paraguas que abría por reflejo cada vez que algo lo asustaba (como si la gracia divina pudiera lloverle encima), exclamó con la autoridad menguante de quien sabe que el demonio se ha disfrazado de bovino:

—¡Herculano, por el amor del Cordero Inmolado y todas las llagas del Señor, doma tú al toro o cancelo las misas hasta el adviento! ¡Y sabes bien que sin misas, este pueblo se condena más rápido que Judas en Semana Santa!

Nuestro sacristán, que a esas alturas ya había lidiado con pecados de todo pelaje y confesiones que harían sonrojar a un marinero, se rascó la cabeza con ese gesto universal que precede a las grandes decisiones y a los grandes disparates. Tras una noche de vigilia, rezos entrecortados y un trago escondido de vino consagrado (por motivos estrictamente medicinales, se dijo), se presentó en el potrero de don Bartolo con los siguientes enseres sagrados:

Una cuerda trenzada con escapularios usados, recolectados pacientemente de las abuelas más devotas del pueblo, quienes los cedieron a cambio de promesas de indulgencias que Herculano inventó sobre la marcha.

Una cruz de palma bendita del Domingo de Ramos, torcida ya por la humedad pero todavía cargada de ese poder que solo tienen los objetos que han sobrevivido a las inclemencias del tiempo y de la fe intermitente.

Una capa negra que antes fue cortina del confesionario y que aún conservaba, según aseguraba Herculano, "el aroma de millares de pecados perdonados y algunos sin resolver".

Y una bota de vino... para después, juró con la mano en el pecho y la mirada esquiva, aunque todos sabían —incluido el Altísimo— que la abriría mucho antes si el valor amenazaba con abandonarlo.

Saturnino, como si presintiera la llegada de su némesis espiritual, resopló como demonio en plena siesta interrumpida y rascó el suelo con pezuñas vengativas, levantando nubes de polvo que formaban siluetas sorprendentemente parecidas a las de los arcángeles caídos. El animal no necesitaba motivos: vivía encabritado por naturaleza, como si en cada célula de su ser bullera la sangre de todos los toros que embistieron santos a lo largo de la historia eclesiástica.

—Ven, criatura del Altísimo, que no hay alma que no se dome con fe bien cimentada y soga mejor puesta —murmuró Herculano, con una mezcla de temor franciscano y resignación profesoral, mientras se acercaba al toro con pasos tan cautelosos que parecía caminar sobre huevos de Pascua sin bendecir.

El primer intento fue fallido y casi trágico: Saturnino lo persiguió por todo el corral como alma que lleva el diablo (o más bien, como diablo que persigue alma), obligándolo a trepar a un naranjo tan viejo y seco que ya no daba frutos desde el siglo anterior. Desde allí, encajado entre ramas que crujían como huesos de mártir, Herculano improvisó exorcismos y promesas que iban desde misas solemnes hasta renunciar al aguardiente... al menos durante cuaresma.

—¡Por los calzones de San José! —gritaba desde su precario refugio arbóreo—. ¡Este toro no respeta ni la gravedad ni la gracia!

El segundo intento fue más astuto, digno de Salomón en sus mejores días. Herculano colocó un espejo de cuerpo entero frente al toro, con la esperanza teológicamente dudosa de que se asustara al verse a sí mismo, como hacen las almas pecadoras ante el reflejo de su conciencia. Saturnino lo miró perplejo durante tres segundos de silencio cósmico, para luego embestirlo con tal fuerza que rompió no solo el marco sino cualquier esperanza de que la vanidad fuera el pecado capital de este cornúpeto. El pasto quedó sembrado de vidrios, astillas y autoestima sacristanesca.

Al tercer día, como Cristo pero con menos gloria y más moretones, Herculano resucitó su ingenio: construyó una trampa digna del Coyote persiguiendo al Correcaminos, pero con toques litúrgicos. Un complejo sistema hecho de heno fresco, miel bendecida y una grabadora rescatada del baúl del monaguillo que emitía cantos gregorianos interpretados por el coro parroquial (cuyas voces desentonadas habían espantado ya a varios demonios y algún que otro feligrés de oído sensible).

Cuando el toro entró en el recinto improvisado, confundido por la armonía celestial y atraído por el aroma de la miel, cayó en la red, y fue amarrado con los escapularios entre mugidos de desconcierto existencial que resonaron como preguntas filosóficas sin respuesta.

—¡Está hecho, alabado sea el Señor y todos los santos ganaderos! —gritó Herculano desde lo alto del animal, montado como un Quijote sobre Rocinante pero con menos hidalguía y más terror, mientras Saturnino, ahora dócil como un cordero apocalíptico reconvertido, rumiaba una flor del campo con la placidez de quien ha encontrado su camino a Damasco.

El pueblo celebró como si hubieran canonizado a San Pancracio en persona y con buffet incluido. Se organizó una procesión donde Herculano desfiló llevando al toro con una simple cuerda de cáñamo, como si condujera a una oveja descarriada de vuelta al redil. El toro fue rebautizado como "Hermanito Saturnino", y el padre Artemio, recuperado milagrosamente de sus temblores, ofició una misa de acción de gracias con todos los sobrevivientes de la procesión anterior, quienes ahora lucían sus vendajes y cabestrillos como medallas de honor.

Don Bartolo lloró en público ante el milagro, lo cual hizo sospechar a muchos que quizá estaba sobrio por primera vez desde la presidencia de Porfirio Díaz. Incluso prometió donar parte de sus ganancias al templo, promesa que quedó escrita en agua bendita pero que nadie se atrevió a recordarle después.

Y así quedó asentado en los anales parroquiales: Trabajo VIII: Fiera domada, pueblo en paz, y el sacristán con un moretón en forma de estigmas que mostraba orgulloso cada Viernes Santo, aunque cambiaba de lugar según la conveniencia y el auditorio.

Capítulo IX

El rescate del niño del campanario

Donde Herculano trepa a las alturas, desafía las leyes del equilibrio y negocia con un infante armado con una flauta y amenazas metafísicas

La jornada comenzó con un estruendo que partió la mañana en dos como un rayo divino sobre el templo: una campanada larga, seca y fuera de hora que hizo que las palomas evacuaran el campanario como almas pecadoras ante el anuncio del juicio final.

—¿Quién toca la campana si no ha muerto nadie? —preguntó don Librado, el sepulturero, que dormía de día por costumbre profesional y por evitar las miradas de quienes lo consideraban de mal agüero. Asomó su rostro cetrino por la ventana de su casucha junto al cementerio, con una expresión que mezclaba el fastidio del sueño interrumpido y la esperanza profesional de un nuevo cliente.

—¡Es el Niño! ¡El Niño ha subido como espíritu tentador! —gritó la voz afónica de doña Meche, vendedora de veladoras y distribuidora oficial de chismes parroquiales, señalando con su rosario de cuentas gordas el campanario del templo como quien señala una aparición mariana en una tortilla quemada.

Y allí, efectivamente, se perfilaba contra el cielo azul la diminuta figura de Tobías, el hijo del panadero y discípulo local de Satanás en versión miniatura.

A sus escasos ocho años, el chiquillo había logrado condensar más maldad que un congreso de demonios en junta directiva. Llevaba una flauta de carrizo robada del nacimiento navideño, un gorro con orejas de burro que usaba para la pastorela (aunque algunos sospechaban que le nacían naturalmente) y una sonrisa angelical que comenzaba en querubín y acababa en diablillo de feria.

—¡Voy a volar como San Miguel Arcángel y atravesaré las nubes hasta el cielo! —gritaba desde el borde del campanario, agitando los brazos con la fe del suicida místico, la inconsciencia del menor de edad y la determinación de quien no ha estudiado las leyes de Newton ni en catecismo.

El pueblo entero se congregó en la plaza con una mezcla de espanto genuino y esa curiosidad morbosa que solo despiertan las tragedias inminentes y las rebajas de enero. Las mujeres se persignaban con frenesí, los hombres calculaban mentalmente la trayectoria de caída, y los niños —compañeros de travesuras del osado Tobías— tomaban notas mentales para futuras hazañas, si es que ésta no terminaba en catástrofe ejemplarizante.

El padre Artemio, con su sotana mal abotonada por la prisa y el misal bajo el brazo como escudo antibalístico, trató de persuadirlo con rezos improvisados que mezclaban salmos, conjuros y algunas frases que sonaban sospechosamente a refranes populares.

—¡Tobías, hijo mío, baja de ahí que Dios no premia a los suicidas ni a los que ensucian el atrio con su terrenalidad esparcida!

Pero el niño, lejos de asustarse, sacó su flautita y tocó la marcha nupcial con un desafinamiento tan magistral que las palomas restantes huyeron y hasta la imagen de San Judas Tadeo, dentro del templo, pareció taparse los oídos de yeso. Aquel concierto improvisado generó un silencio de estupor que nadie supo interpretar, aunque la vieja Herminia, medio ciega pero con oído absoluto, murmuró que aquello era "un mensaje cifrado del maligno o un niño con nulo sentido musical, que a veces es lo mismo".

—¡Herculano, sube tú que para eso te pago... con indulgencias! —clamó el padre, entregándole la llave oxidada del campanario que colgaba de su cinturón junto a un llavero de la Virgen de Guadalupe que se iluminaba en la oscuridad—. Yo tengo vértigo... y presión arterial, y lumbago, y una reunión con el obispo la semana entrante a la que quisiera llegar vivo.

Nuestro sacristán, fiel a su naturaleza servicial de mártir mal pagado y claramente consciente de la precariedad arquitectónica de una torre que había sobrevivido a tres terremotos, dos revoluciones y un número indeterminado de palomas con problemas digestivos, suspiró hondo, se persignó tres veces (una por cada persona de la Trinidad y otra extra por si acaso) y dijo con la resignación de quien se prepara para una canonización prematura:

—Subo, padre, pero si caigo y comparezco ante el Altísimo, quiero que me entierren con sotana limpia, un panecillo bendito entre las manos y que mi epitafio diga algo más digno que 'Aquí yace el que subió por un niño y bajó sin escalera'.

La escalera del campanario era una reliquia colonial más antigua que la fe de algunos feligreses, con peldaños que crujían como huesos viejos en invierno y una barandilla que se sostenía más por la fuerza de la oración que por la del tornillo y el clavo. A medida que ascendía por aquella vía crucis vertical, Herculano recordaba todos sus pecados menores y mayores, desde haber robado higos del huerto parroquial hasta haberle puesto vino al café del obispo aquella vez que durmió en la sacristía y amaneció bendiciendo hasta a las moscas.

—Santo Dios —murmuraba entre peldaño y peldaño—, si me sacas de ésta con todos los huesos en su sitio, prometo no volver a usar el incienso barato que hace estornudar a las beatas de la primera fila.

Cuando por fin llegó al último tramo, jadeando como un San Sebastián después de las flechas, lo recibió Tobías con esta declaración diplomática:

—Si das un paso más, sacristán de los domingos, me lanzo al vacío como alma al purgatorio. Y me llevo esta paloma conmigo al más allá.

En efecto, sostenía entre sus manos pequeñas y pegajosas de dulce una paloma blanca con expresión de indignación alada y resignación de víctima colateral. El ave, veterana de mil procesiones, miraba a Herculano con ojos que parecían decir: "A mí ni me mires, que yo también soy rehén en este sainete".

—Mira, Tobías —empezó Herculano, con voz tan suave como la que usaba para pedir limosna extra en las bodas—, hay tres cosas que debes saber antes de convertirte en ángel por las malas. Primero: San Miguel no volaba por diversión... descendía por obligación. Siempre bajaba a patear traseros demoníacos, no a subir a campanarios para dar espectáculos. Segundo: Si saltas, te vas pa'l otro lado, muchachito, y allá abajo hace más calor que en la cocina de tu padre cuando horneamos las roscas de reyes.

Hizo una pausa estratégica, viendo que el niño inclinaba la cabeza, interesado a su pesar.

—¿Y tercero? —preguntó Tobías, con esa curiosidad infantil que ni el precipicio logra apagar.

—Tercero y más importante: acabo de ver a tu madre abajo, con el cinto de tu padre en la mano y cara de pocos santos. Y ya sabes que ni el diablo se mete con doña Consolación cuando tiene ese rostro de juicio final.

El niño palideció más que monaguillo en Semana Santa. La mención de su madre enfurecida era más efectiva que cualquier amenaza de fuego eterno.

—Pero... —añadió Herculano con astucia franciscana— también sé que San Miguel, después de repartir justicia divina, tenía hambre de la terrenal. Como tú ahora mismo. ¿No preferirías un emparedado de jamón con mostaza, queso derretido y sin sermón incluido? Tu padre acaba de hornear pan y huele que resucitaría a Lázaro sin necesidad de milagro.

El niño bajó lentamente la flauta, como quien depone las armas ante una oferta imposible de rechazar. La paloma aprovechó la distracción para escapar volando con un suspiro que pareció la versión aviar del "Amén".

—¿Tiene queso? —preguntó el chiquillo, mostrando por primera vez que bajo su fachada de anticristo en miniatura latía el corazón de un niño con prioridades alimenticias muy claras.

—Del que chorrea como la gracia en Pentecostés —confirmó Herculano, extendiendo la mano—. Y tal vez, si la confesión es sincera y el arrepentimiento genuino, hasta podría añadirse una rebanada de pastel de doña Úrsula, la que hace los que parecen torres de Babel antes de la confusión de lenguas.

La bajada fue aún más complicada que la subida, como suele ocurrir en los caminos de redención. Herculano descendió con Tobías en brazos, como la Virgen con el Niño en la huida a Egipto, pero sudando como Cristo en el huerto de los olivos y murmurando oraciones entrecortadas que sonaban sospechosamente a improperios santificados por la ocasión.

La multitud, que ya había preparado crucifijos, sales aromáticas y hasta una improvisada red de contención hecha con manteles de primera comunión, los recibió con aplausos, lágrimas de alivio y promesas solemnes de que jamás dejarían a sus hijos sin supervisión dominical (promesas que, como bien sabía Herculano, durarían hasta el próximo miércoles, a lo mucho, cuando el catecismo resultara menos atractivo que las canicas y los trompos).

Doña Consolación, madre del pequeño funambulista, alternaba entre besar a su retoño y amenazarlo con castigos bíblicos. El padre del niño, en un arranque de gratitud panaderil, prometió donar semanalmente una hogaza de pan bendito "para que Herculano la comparta con los santos o con las palomas, según se tercie".

Tobías fue inscrito de inmediato en la escolanía parroquial, donde su energía satánica podría canalizarse en cánticos cristianos y donde pudo tocar la flauta en horarios establecidos y sin riesgo de defenestración, bajo la atenta mirada del padre Artemio, quien aseguró tener "un ojo en el misal y otro en el chiquillo, como San Pedro con las llaves del cielo y del infierno".

Y Herculano recibió un diploma de cartón pintado a mano, firmado por el padre Artemio con caligrafía temblorosa y manchas de tinta que parecían lágrimas de gratitud, que rezaba con solemnidad eclesiástica:

"A nuestro valiente sacristán, salvador de niños y trepador de torres, con gratitud eterna, indulgencia plenaria y queso extra en los emparedados dominicales. Que Dios lo guarde de caídas y de toros."

El diploma fue enmarcado y colgado en la sacristía, junto a la imagen de San Expedito, patrono de las causas urgentes y desesperadas, como recordatorio de que, en aquel pueblo, lo sagrado y lo mundano coexistían en un equilibrio tan precario como el de un sacristán en lo alto de un campanario colonial.

Trabajo IX: Niño rescatado, campanas en paz, y el sacristán con lumbalgia heroica y un nuevo título no oficial: "San Herculano de la Torre, patrono de los párvulos alados y de los quesos que redimen".

Capítulo X

La limpieza de la cueva de los murciélagos

En el que Herculano desciende a los infiernos, combate la pestilencia con armas improbables y regresa victorioso, aunque aromatizado a guano consagrado.

Aquel hedor no llegó de golpe. Fue apoderándose del aire de Los Altos de los Terreros con la paciencia de un pecado venial que aspira a mortal. Primero se percibió como un vaho leve en las madrugadas, luego como una presencia que obligaba a fruncir el ceño al mediodía, y para el tercer día ya era un miasma tan corpóreo que parecía tener alma, conciencia y hasta maldad premeditada.

—¡Por las llagas de Cristo! ¡Hasta mi ungüento de zopilote huele mejor! —bramó doña Pancracia Mendrugo, viuda de siete difuntos y veterana de cuanta guerra civil y divina había azotado la comarca. La anciana, cuyo rostro parecía un mapa arrugado de todas las penitencias habidas y por haber, se santiguó tres veces y escupió hacia el poniente, dirección que consideraba propicia para expulsar maleficios—. ¡Esto no es de Dios ni del Diablo, sino de algo peor!

El pueblo entero hervía en teorías, cada cual más delirante que la anterior. Don Próspero, dueño de la única tienda con pretensiones de importaciones, juró que era el olor de la modernidad, ese invento capitalino que llamaban "alcantarillado". El boticario, hombre de ciencias turbias y pociones dudosas, diagnosticó una epidemia de "flatulencias colectivas causadas por el eclipse reciente". Y no faltó quien culpara a los liberales de la cabecera municipal, esos impíos que leían periódicos sin santiguarse después.

Pero fue el pequeño Efrén Mondragón, diez años de edad, cuatro de monaguillo y una nariz privilegiada por la naturaleza o el demonio (según a quién se le preguntara), quien resolvió el enigma una tarde de jueves, mientras perseguía lagartijas en el Cerro de las Ánimas.

—¡Padre Artemio! —irrumpió en la sacristía, donde el cura dormitaba sobre un breviario abierto en las lamentaciones—. ¡Son los murciélagos! ¡Miles y miles! ¡Han construido una catedral de excremento en la cueva grande!

El sacerdote se incorporó con la lentitud de quien regresa de un sueño o de un pecado, se ajustó los anteojos que pendían torcidos sobre su nariz verrugosa y miró al niño como si acabara de anunciarle la llegada del Anticristo en patines.

—¿Murciélagos, dices? ¿Y qué quieres que haga yo? ¿Confesarlos?

—Es que apestan a azufre y condenación, padre —insistió el chico—. Y la gente dice que ya es cosa de exorcismo.

El padre Artemio suspiró con la profundidad de quien lleva cuarenta años lidiando con las supersticiones de un pueblo donde hasta los estornudos tenían significado teológico. Se levantó, sacudió las migas de pan bendito de su sotana y miró hacia el rincón donde una figura alta y desgarbada ordenaba cirios por tamaños con precisión matemática.

—Herculano, hijo... otra vez te necesita el pueblo.

El sacristán se volvió despacio. Alto como un ciprés de camposanto, flaco como las esperanzas de un tahúr en Cuaresma y con una expresión que oscilaba entre la resignación bíblica y el escepticismo ilustrado, Herculano Perales del Monte sabía que cuando el padre lo llamaba con ese tono de profeta menor, venía tarea grande.

—Murciélagos, ¿eh? —dijo con voz de barítono desafinado—. ¿No será mejor llamar a los de Sanidad de la cabecera?

—¡Herejía! —saltó doña Pancracia, que parecía tener el don sobrenatural de materializarse cuando olía controversia—. Esos doctores modernos lo que harían es envenenar el cerro con sus pócimas químicas. ¡Esto requiere mano santa y escoba bendita! Y además —bajó la voz hasta un susurro teatral—, dicen que en esa cueva está enterrado el tesoro del bandido Maldonado.

Ante la mención del famoso tesoro, que llevaba cien años siendo buscado y nunca encontrado, Herculano arqueó una ceja tan alta que casi rozó el nacimiento de su cabello, negro como culpa no confesada.

—Doña Pancracia, por la Santa Muerte, que de eso ya hablamos el año pasado cuando me mandaron a buscar el fantasma del campanario.

El padre Artemio intervino con esa autoridad suave pero implacable que solo los curas rurales dominan a la perfección:

—Herculano, tú has vencido a toros descarriados, plagas de ratas, niños poseídos por el demonio de la pubertad, y hasta a ese grupo de penitentes con disentería que casi provoca un cisma en Semana Santa... Ve ahora y exorciza esa cueva con escoba y fe. Y tal vez un poco de cloro.

Así fue como, al alba del día siguiente, Herculano se preparó para descender a lo que el pueblo ya llamaba "la Antesala del Infierno con Alas". Su arsenal era tan peculiar como efectivo, resultado de una década de improvisaciones teológico-prácticas:

Un hábito viejo heredado de un fraile gordo (y por tanto, enorme para su figura escuálida), que había modificado con tirantes, cinturón y bolsillos estratégicos hasta convertirlo en un overol eclesiástico.

Un costal de cal viva, regalo del alcalde, quien lo usaba normalmente para blanquear escándalos y tumbas de opositores.

Un hisopo artesanal hecho con una regadera de latón atada a un palo de escoba mediante un ingenioso sistema de cordeles y promesas a San Judas Tadeo.

Un pañuelo empapado en "Milagro de Jazmín y Romero", perfume exclusivo de doña Abundia, la beata más coqueta del pueblo, quien aseguraba que su fragancia "ahuyentaba tentaciones y atraía indulgencias".

Y lo más valioso: un escapulario triple, bendecido por un obispo, un chamán otomí y una curandera especializada en males de aire, una combinación ecuménica que Herculano consideraba infalible contra toda clase de entes sobrenaturales, desde aparecidos hasta políticos en campaña.

Al llegar a la boca de la cueva, en aquel cerro que parecía un viejo jorobado vigilando el pueblo, Herculano observó cómo los murciélagos regresaban de su jornada nocturna. Entraban formando patrones que a sus ojos supersticiosos semejaban cruces invertidas, espirales demoníacas y hasta párrafos enteros del Apocalipsis.

—Ave María Purísima... —murmuró, asomándose a la negra entrada que bostezaba como la garganta de un Leviatán hambriento.

—¡Sin pecado concebida! —respondieron los ecos con una nitidez tan perfecta que Herculano dio un salto atrás.

—Bendito sea Dios, hasta las cuevas son católicas en este pueblo —se dijo, más nervioso de lo que admitía.

El interior del antro era un espectáculo dantesco. El suelo, cubierto por una masa viscosa y fétida, crujía bajo sus pies como si pisara las costillas de mil insectos antiguos. Las paredes, manchadas de siglos de excremento fosilizado, contaban la historia geológica de generaciones de murciélagos. Y del techo colgaban los protagonistas del desastre: miles de pequeños mamíferos alados, meciéndose cabeza abajo como frutos negros de un árbol del averno.

Al notar su presencia, los murciélagos iniciaron un coro de chillidos agudos que sonaban como el canto gregoriano de una secta particularmente desafinada. Algunos revolotearon a su alrededor, casi rozándole las orejas con sus membranas de cuero vivo.

Armándose de valor y tapándose media cara con el pañuelo perfumado, Herculano avanzó entre la penumbra, guiado por la luz mortecina de un quinqué que oscilaba en su mano como la última esperanza de un náufrago. A cada paso espolvoreaba cal y salpicaba agua bendita con su regadera-hisopo, mientras recitaba fragmentos de salmos, oraciones improvisadas y hasta estribillos de canciones rancheras que, en su pánico creciente, confundía con letanías.

—Por la sangre del Cordero y el detergente de la Virgen, yo os expulso, criaturas de la noche —improvisaba, mezclando teología con mercadotecnia doméstica.

Pero fue al llegar al corazón de la caverna, a la llamada "Cripta del Silencio" (nombre poético dado por pastores poéticos, pues allí el silencio brillaba por su ausencia), cuando Herculano enfrentó la verdadera dimensión del problema: una montaña de guano tan alta que casi rozaba el techo, erigida

como un monumento blasfemo a la digestión quirópteras. Y en su cima, como un rey en su trono fecal, descansaba el murciélago más grande que ojos cristianos hubieran contemplado jamás.

Era un espécimen del tamaño de un gato mediano, con alas que al extenderse abarcaban casi un metro, pelaje grisáceo con manchas blancas que semejaban símbolos arcanos, y unos ojos como canicas de azufre, brillantes y maliciosos. Miraba a Herculano con la calma insolente de quien ha visto pasar a cientos como él.

El sacristán sintió un escalofrío místico. Aquello no era un simple murciélago. Era, sin duda, el Patriarca, el Abuelo, el Conde Drácula de los murciélagos.

—Yo no temo al mal —recitó Herculano con voz trémula, recordando las palabras que el padre Artemio usaba para espantar a los borrachos que se colaban en misa—, porque el mal me teme a mí.

Sacando de su bolsillo una rama seca de pirul, que todos en el pueblo sabían era repelente natural de alimañas y cobradores de impuestos, improvisó un exorcismo que combinaba gestos teatrales, frases en latín mal pronunciado y convulsiones que semejaban un baile de San Vito coreografiado por un epiléptico.

—¡Vade retro, mamífero volador! ¡Te ordeno que tú y tu tribu dejéis de defecar con tal abundancia! ¡En nombre de la higiene celestial, moderaos!

Para su sorpresa absoluta, el gran murciélago emitió un chillido que sonó casi como una carcajada. Luego, en un despliegue de autoridad primitiva, el animal batió sus alas produciendo un viento fétido que casi apaga el quinqué. Los demás murciélagos respondieron con un silencio súbito e inquietante.

Herculano, sintiendo que había tocado fondo (literalmente, pues estaba hundido hasta los tobillos en guano), tuvo una inspiración. Rebuscó en su bolsillo y extrajo un escapulario especial, uno que guardaba para emergencias extremas: era el de Santa Rita de Casia, patrona de los imposibles, bordado con hilo de plata por las monjas del convento de la montaña, famosas por su paciencia infinita y su vista de águila.

—Por Santa Rita, santa de las causas perdidas y los sacristanes desesperados —proclamó, balanceando el escapulario como un péndulo hipnótico—, te conmino a pactar.

Y entonces, en un acto que mezcló temeridad, locura y genialidad, Herculano propuso un trato al murciélago rey:

—Si tú y los tuyos os mudáis al otro lado del cerro, donde no hay casas sino solo el arroyo seco y el campo del viudo tacaño que nadie quiere, yo prometo que ningún cazador os molestará jamás. Y además —añadió bajando la voz—, haré que planten árboles frutales para que tengáis más insectos que comer.

Quizás fue coincidencia cósmica o intervención divina, pero en ese instante un rayo de sol del amanecer se coló por una grieta del techo, iluminando el escapulario que brilló como una estrella plateada. El gran murciélago,

deslumbrado o impresionado, inclinó lo que podría llamarse su cabeza en un gesto que parecía de asentimiento.

Lo que siguió desafía toda explicación racional. Con una precisión militar, los murciélagos comenzaron a desprenderse del techo en grupos organizados, revolotearon alrededor de Herculano tres veces (la Trinidad, pensó él) y salieron en formación por la boca de la cueva. El último en salir fue el gran patriarca, que al pasar junto al sacristán le rozó la mejilla con un ala, en lo que éste interpretó como un saludo entre dignidades.

Horas después, cubierto de polvo, guano y gloria, Herculano emergió de la cueva como Lázaro de su tumba: maloliente pero redivivo. Para su asombro, medio pueblo lo esperaba en la falda del cerro, con el padre Artemio a la cabeza sosteniendo un crucifijo y un pañuelo sobre la nariz.

—¡Ha vencido a las bestias del averno! —gritó doña Pancracia, siempre propensa al dramatismo apocalíptico.

—Solo eran murciélagos, señora —corrigió Herculano con modestia—. Y ahora viven del otro lado del cerro, donde no molestarán a nadie.

El aire del pueblo, purificado de miasmas, parecía nuevo. Olía a flores silvestres, a pan recién horneado y a ese aroma indefinible de la vida cotidiana que tanto se aprecia cuando ha estado ausente. La celebración fue espontánea: cohetes, campanas, una serenata improvisada y hasta un brindis con el mezcal que el maestro guardaba "para fines educativos".

El padre Artemio, entre orgulloso y desconcentrado por el éxito de su sacristán, ofició una misa de acción de gracias y declaró la cueva oficialmente "libre de demonios y pestilencias, por intercesión del Sacristán Sanitario", un título que hizo sonrojar a Herculano hasta las orejas.

Lo que nadie supo, excepto tal vez el pequeño Efrén, que tenía ojos de halcón además de nariz prodigiosa, fue que desde aquel día, cada amanecer, Herculano subía discretamente al cerro con una bolsa de frutas maduras que dejaba en la entrada de la nueva cueva de los murciélagos. Y que cada noche, los murciélagos patrullaban invisible pero eficazmente los campos del pueblo, devorando plagas y manteniendo a raya los insectos que antes asolaban las cosechas.

Trabajo X: Cueva purificada, murciélagos reubicados y un Herculano que entendió que a veces la diplomacia funciona mejor que el agua bendita... aunque esta última nunca está de más.

Capítulo XI

La reconquista del gallo cantor

En el que Herculano devuelve la voz a un gallo melancólico, enfrenta el comité de beatas madrugadoras y restablece el orden cósmico con mañas, maíz y música ranchera.

En Los Altos de los Terreros, donde el tiempo fluía con la consistencia irregular del atole tibio, existía un marcador celestial que ni el mejor reloj suizo podía igualar: el canto del gallo de doña Plácida Renacimiento, viuda de Menchaca. No era un gallo cualquiera. Era San Gallardo del Alba, un ejemplar tan extraordinario que su linaje se remontaba, según afirmaban las lenguas más fantasiosas del pueblo, al mismísimo gallo que cantó tres veces cuando San Pedro negó a Cristo.

Era un animal soberbio: plumaje tornasolado que brillaba bajo el sol como casulla de obispo en día de fiesta mayor; cresta roja y enhiesta como el penacho de un general victorioso; espolones tan afilados que doña Plácida los usaba para abrir cartas; y sobre todo, una voz. ¡Ah, qué voz! Un "kikirikí" tan potente, tan melodioso, tan exacto en su puntualidad astronómica, que las beatas juraban que el sol no salía hasta que él no daba su venia.

Doña Plácida, mujer de cinco difuntos esposos (todos fallecidos, curiosamente, tras una discusión doméstica), madre de doce hijos desperdigados por la república y el extranjero, y portera honoraria del chisme parroquial, había criado al gallo con atenciones propias de un príncipe heredero. Lo bañaba en agua de rosas los domingos, le ponía mantilla bordada cuando refrescaba, y le servía el alpiste en un plato de porcelana inglesa heredado de su abuela, la que decían había sido amante de un general revolucionario (o contra revolucionario, dependiendo de quién contara la historia).

Su canto matutino era más que una simple función biológica; era un sacramento cívico. Al primer "kikirikí", preciso como un reloj suizo, se desencadenaba la liturgia cotidiana del pueblo: las beatas salían como procesión de hormigas hacia la primera misa; el panadero metía la segunda hornada; los maridos trasnochados se escurrían sigilosamente a sus lechos matrimoniales; y el padre Artemio se levantaba para su meditación matinal (que consistía principalmente en contemplar con pesar filosófico sus hemorroides crecientes).

Por eso, aquella madrugada de marzo, cuando el silencio se extendió más allá de la hora sagrada, el pueblo entero sintió una sacudida existencial. Las beatas, desorientadas como brújulas en campo magnético, dieron vueltas en sus lechos sin saber si persignarse o seguir roncando. El panadero, sin su señal aviar, quemó la primera hornada y produjo bolillos tan duros que el alcalde los requisó después como posibles armas contundentes. Los monaguillos llegaron tarde a misa, los gallos de pelea de don Tiburcio se amotinaron, y tres parturientas rompieron aguas simultáneamente, provocando en la comadrona un colapso nervioso.

El reloj del campanario, fiel a su naturaleza mecánica pero afectado por la perturbación cósmica, marcó las once cuando apenas eran las seis, provocando que el maestro llegara cinco horas tarde a la escuela y que doña Crisanta, la solterona más antigua del pueblo, saliera a la calle en camisón creyendo que era hora de su siesta.

Para el mediodía, Los Altos de los Terreros había caído en un caos suave pero persistente, como si alguien hubiera desajustado la afinación del gran instrumento de la rutina. Y como ocurría inevitablemente en tales ocasiones (terremotos, apariciones marianas, visitas del gobernador), todas las miradas se volvieron hacia la iglesia, hacia el cura, y finalmente, como ríos que desembocan en mar de resignación, hacia Herculano.

—¡Ha enmudecido el heraldo celestial! —diagnosticó el padre Artemio, con esa tendencia suya a convertir problemas cotidianos en profecías bíblicas—. Es un signo de los tiempos, Herculano. Primero los murciélagos y ahora el silencio del gallo... ¿será que el Juicio Final viene con descuento?

—A lo mejor solo está afónico, padre —sugirió Herculano, siempre proclive a buscar explicaciones terrenales antes que apocalípticas.

—¡Herejía veterinaria! —saltó doña Eufrasia, presidenta vitalicia de la Hermandad del Rosario Perpetuo y vocera no oficial de todas las beatas de la comarca—. Ese gallo ha caído en apostasía muda. O peor aún —bajó la voz hasta un susurro teatral—: ¡está poseído por el espíritu de la pereza!

El sacristán, que ya conocía la tendencia local a diagnosticar posesiones demoníacas hasta en un estornudo mal timbrado, suspiró con la profundidad de quien ha visto demasiados prodigios inventados y muy pocos milagros auténticos.

—Iré a ver al gallo —concedió al fin, sabiendo que era más fácil cumplir que argumentar—. Pero necesitaré mi instrumental.

El "instrumental" de Herculano para estos casos era ya legendario en tres municipios. Consistía en una bolsa de cuero desgastado que contenía: un frasco de agua bendita (reconvertida ocasionalmente en tequila para "emergencias espirituales"), una baraja española con la que leía la suerte a escondidas del cura, un silbato de hueso que según él podían oír "los animales y los borrachos arrepentidos", y una libreta donde anotaba observaciones que oscilaban entre lo científico y lo sobrenatural con tanta naturalidad como quien pasa de hablar del clima a comentar el precio de los frijoles.

Armado con su peculiar arsenal taumatúrgico, Herculano se presentó en casa de doña Plácida cuando la tarde ya caía como una cortina pesada sobre el pueblo. La encontró en el patio trasero, junto a una jaula dorada donde, efectivamente, San Gallardo del Alba yacía en postura que solo podía calificarse como existencialmente deprimida: el cuello recogido, las plumas sin brillo, la mirada perdida en un punto del infinito que parecía contener todas las tristezas gallináceas del universo.

—Desde que le eché agua bendita al alpiste, se me apagó el gallo —lloriqueó doña Plácida, secándose las lágrimas con un delantal que tenía bordados, extrañamente, gallos de todos los tamaños y colores—. ¿Será que lo purifiqué de más? ¿O que el demonio se vengó porque mi gallo era demasiado católico?

Herculano se acercó al ave con la cautela de quien aborda un problema teológico espinoso. Observó la jaula, que más que jaula era un pequeño palacio con barrotes: tenía cortinas de encaje, piso de azulejos en miniatura, un bebedero de plata repujada y hasta un pequeño crucifijo colgado junto al comedero.

—Doña Plácida —preguntó con tacto diplomático—, ¿qué le da de comer a San Gallardo?

La respuesta fue un tratado completo de nutrición mística: además del alpiste bendito (rociado no con una sino con siete aguas benditas diferentes, una por cada sacramento), el gallo consumía "semillas de recogimiento" (que resultaron ser lentejas remojadas en infusión de tila), pan rallado mezclado con "polvos de virtud" (una mezcla sospechosa de canela, anís y carbonato que el boticario vendía como "regulador de humores pecaminosos"), y bebía exclusivamente agua de ruda "para templar sus instintos naturales".

—Y también le leo vidas de santos todas las noches —añadió la mujer con orgullo maternal—. Estamos en San Antonio Abad, patrono de los animales.

Herculano miró al gallo con creciente compasión. El pobre animal no estaba poseído; estaba sometido a un régimen monacal tan estricto que haría dudar de su vocación al más ferviente cartujo. Con razón había enmudecido: probablemente estaba considerando seriamente la apostasía o el suicidio.

Con la astucia que da el tratar durante años con beatas, fanáticos y demás especímenes de la fauna parroquial, Herculano desarrolló un plan inmediato. Lo primero fue ganar tiempo y privacidad.

—Doña Placidita, esto requiere una confesión privada entre el gallo y yo. ¿Me permite llevarlo a la sacristía? Le prometo por San Francisco de Asís que mañana cantará como los serafines.

La mujer accedió entre sollozos y recomendaciones ("no lo exponga a corrientes de aire" y "si se duerme, arrópenlo con el chal bendito"). Herculano partió con la jaula cubierta por un paño morado de Cuaresma, mientras el pueblo entero lo observaba como si llevara el Santo Grial o una bomba a punto de estallar.

Ya en la intimidad de la sacristía, Herculano liberó al gallo de su prisión dorada y lo colocó sobre la mesa donde normalmente se contaban las limosnas. El animal lo miró con un ojo vidrioso y otro melancólico, como evaluando si aquel larguirucho de sotana remendada era un nuevo carcelero o un potencial libertador.

—A ver, compadre —le habló Herculano con la naturalidad de quien conversa con un colega—. ¿Qué traes? ¿Te hicieron un trabajito de brujería? ¿Te dieron calabazas alguna gallina presumida? ¿O simplemente estás hasta la cresta de tanta beata y tanta responsabilidad cósmica?

El gallo, por supuesto, no respondió verbalmente, pero emitió un cloqueo lastimero que sonaba sospechosamente parecido a un suspiro humano.

Y entonces vino la terapia de choque, diseñada por Herculano basándose en su profundo conocimiento de la psicología aviar (adquirida principalmente observando las peleas de gallos que el padre Artemio frecuentaba "por motivos pastorales"):

Primero, alimento: en lugar del alpiste santificado, le ofreció maíz frito con chile, robado directamente de la merienda que las beatas preparaban para después del rosario. El gallo, tras olfatearlo con desconfianza inicial, se lanzó sobre el picante manjar con un entusiasmo que bordeaba el pecado de gula.

Segundo, música: usando el gramófono oxidado que el sacristán guardaba para ocasiones especiales, puso a todo volumen un disco de Vicente Fernández. "El Rey" resonó entre las paredes sacras, haciendo vibrar los vitrales y escandalizando a los santos de yeso. El gallo, tras un sobresalto inicial, comenzó a mover la cabeza al ritmo de la música, con un aire entre confuso y fascinado.

Tercero, literatura: Herculano desempolvó un viejo libro que guardaba bajo su camastro, titulado "Romances y cortejos del corral", un manual para criadores que contenía ilustraciones bastante explícitas de gallos y gallinas en actitudes que difícilmente aprobaría el catecismo. Le leyó al ave varios pasajes selectos, mientras el animal escuchaba con creciente interés, estirando el cuello y abriendo el pico en lo que parecía asombro gallináceo.

Para la tercera estrofa de un romance particularmente colorido sobre un gallo conquistador y una gallina recatada pero curiosa, San Gallardo parpadeó con una intensidad nueva. Al escuchar la descripción del cortejo, estiró el cuello como un resorte. Y al final de la lectura, cuando el autor describía el triunfal canto del gallo tras su conquista amorosa, el animal soltó un "¡kikirikí!" tímido, como quien prueba la voz después de una laringitis.

Herculano sonrió con esa mezcla de satisfacción profesional y picardía de sacristán que era su sello personal. El diagnóstico estaba claro: el gallo no sufría de posesión demoníaca ni de apostasía aviar; sufría de exceso de santidad impuesta y de represión natural. En otras palabras: lo habían vuelto monje a la fuerza, cuando su naturaleza gritaba "mariachi".

Pero el sacristán sabía que no bastaba con recuperar la voz del gallo; había que reintegrarlo a su función cósmica en el pueblo. Y para eso necesitaba un gran gesto, un acto público que restaurara al ave en la plenitud de su gloria cantora. El plan se formó en su mente con la claridad de las grandes inspiraciones.

La madrugada siguiente, con el pueblo congregado en la plaza central (convocados por el rumor, más potente que cualquier campana, de que habría un "milagro gallo-musical"), Herculano apareció en lo alto del campanario. Llevaba en brazos a San Gallardo, ahora erguido y majestuoso, con la cresta tan roja que parecía iluminada desde dentro. El silencio era tan denso que podía palparse.

Las beatas, armadas con rosarios y pañuelos para posibles lágrimas milagrosas, formaban un batallón de mantillas negras en primera fila. El padre

Artemio, entre escéptico y esperanzado, sostenía un crucifijo y una taza de chocolate caliente (para combatir, explicó, "la frialdad de la incredulidad"). Los niños, a quienes se había prometido que si el gallo cantaba no habría escuela ese día, miraban hacia arriba con el fervor que solo las vacaciones inesperadas pueden provocar.

Herculano colocó al gallo en el borde del campanario, justo donde el primer rayo de sol heriría la piedra antigua en cuanto el astro asomara por detrás del cerro. Luego se apartó con la solemnidad de un maestro de ceremonias que sabe que el verdadero artista no es

Epílogo

De cómo Herculano, sin proponérselo pero deseándolo en sus adentros, se tornó en leyenda imperecedera

En Los Altos de los Terreros —ese rincón del mundo donde los gallos cantan cuando les viene en gana, los santos lloran lágrimas de cera derretida más por tedio que por devoción, y hasta la Virgen del altar mayor parece guiñar un ojo a los feligreses distraídos— el nombre de Don Herculano Matasanos y Buendía dejó de ser un simple apelativo sacristanesco para transmutarse en conjuro potente, refrán de viejas, moraleja de cuentos y hasta amenaza doméstica de probada eficacia: "¡Pórtate bien, criatura del demonio, o te encomiendo con Herculano para que te enderece como enderezó al burro del apocalipsis!"

Nuestro buen sacristán, panzón ilustre de manos gruesas y bigote perpetuamente manchado de vino de consagrar, no se hizo rico ni alcanzó la santidad oficial (esa que viene con estampita y fecha en el calendario), pero consiguió lo que ni el padre Artemio logró en cuarenta años de sermones pronunciados en ayunas y con voz de trueno colérico: que el pueblo recordara sus propios pecados, se confesara entre carcajadas y, al final del día, brindara por ellos como quien celebra las cicatrices de una vida bien vivida.

Tras su duodécima empresa —la legendaria doma del burro apocalíptico, ese animal poseído que rebuznaba versículos del Levítico al revés y escupía a los monaguillos—, el clero provincial quiso beatificarlo por aclamación popular y sin pasar por Roma ni por el purgatorio burocrático. El obispo mismo, don Prudencio Lamentaciones (a quien el pueblo llamaba "Don Lamentos" a sus espaldas), ordenó pintar un retrato de Herculano con aureola prematura y expresión de mártir constipado. Pero nuestro héroe, fiel a su modestia socarrona y a su instinto de supervivencia, prefirió retirarse con discreción calculada y sin alharaca oficial, aunque con festejo íntimo.

Se marchó una madrugada neblinosa al balneario de aguas sulfurosas de La Pestilencia Bendita, donde el azufre huele a santidad y la piel se purifica mientras el alma se regodea en pecadillos menores. No partió solo, pues le acompañaban: doña Remedios Consolación, viuda tres veces y risueña por naturaleza, cuyos encantos maduros habían sido motivo de confesión para medio pueblo; un costal de empanadas de picadillo con pasas,

contrabandeadas desde la cocina parroquial; tres botellas del mejor mezcal de la comarca, supuestamente destinadas a "uso litúrgico"; y la célebre mula Epifanía, aquella que una vez le propinó una coz reveladora que, según Herculano, "le reorganizó las ideas y le aclaró la vocación".

Desde entonces, en Los Altos de los Terreros, al anochecer, cuando el sol se esconde tras el campanario y las sombras se alargan como mentiras bien contadas, las historias de Don Herculano se narran al calor del fogón, entre suspiros nostálgicos, carcajadas estrepitosas, sorbos de mezcal y algún que otro eructo reverencial. Cada hazaña crece y se transforma como levadura bendita en la masa de la memoria colectiva: que si exorcizó una gallina con hipo que ponía huevos con mensajes cifrados; que si hizo llover exclusivamente sobre los chayotes del tacaño don Cicerón; que si le ganó al diablo jugando a las cartas usando un mazo bendecido con agua de fregar los cálices; que si le escamoteó una indulgencia plenaria al mismísimo obispo con solo un guiño y una palmadita en la espalda.

Las beatas más viejas del pueblo juran por sus muelas postizas que los problemas digestivos desaparecen si uno bebe agua bendita del mismo cubo donde Herculano solía lavarse las manos después de manipular el incensario. Los borrachos aseguran que invocar su nombre tres veces mientras se destapa una botella previene la resaca. Y las comadres murmuran que más de un niño nacido nueve meses después de la partida de Herculano tiene cierto aire de familia con el sacristán, particularmente esa mirada pícara y esa habilidad para escabullirse de los regaños.

El burro apocalíptico, ya en su vejez cansina y filosófica, aún relincha melancólicamente cada mediodía mirando hacia el campanario torcido, como quien espera ver descender a su jinete por la cuerda de la campana mayor. Y hay quien afirma —con más fe que cordura y más mezcal que fe— que en noches de tormenta con luna menguante, cuando el viento silba entre las grietas del campanario como alma en pena con asma, puede verse una sombra gordinflona y chancletuda cruzando el atrio, llevando en una mano una vela torcida que nunca se apaga y en la otra un garrafón misterioso, mientras murmura letanías al revés y estrofas de canciones prohibidas en las casas decentes.

Algunos juran haberlo visto aparecer en sueños para indicarles dónde encontrar objetos perdidos (siempre y cuando dichos objetos no sean de mucho valor ni utilidad práctica). Otros aseguran que si uno deja un vasito de mezcal junto a su retrato clandestino (ese que pintó el tuerto Gumersindo y que se guarda a escondidas en la sacristía, detrás del armario de las casullas), al día siguiente el mezcal habrá desaparecido y a cambio uno recibirá una idea brillante o, en su defecto, un chiste subido de tono pero de impecable estructura narrativa.

El padre Artemio, ya anciano y con una sordera conveniente, finge indignación cuando mencionan a Herculano durante las confesiones, pero cada año, en el aniversario de su partida, aparece misteriosamente una corona de flores de calabaza sobre el banco donde el sacristán solía dormitar

durante los sermones interminables. Y más de uno ha sorprendido al párroco sonriendo para sus adentros mientras contempla el espacio vacío donde antes se bamboleaba la figura desaliñada y entrañable del sacristán.

Porque, a fin de cuentas, si Hércules alcanzó la gloria olímpica por estrangular serpientes y desviar ríos para limpiar establos malolientes, nuestro Herculano se ganó la inmortalidad popular por enfrentar horrores más temibles y cotidianos: devotas en celo reprimido, gallinas posesas y desquiciadas, beodos incorregibles con filosofías de taberna, la contabilidad parroquial siempre en números rojos, y el más temido de todos los monstruos... ¡el padre Artemio con migraña y crisis de fe en plena Cuaresma!

Y así, entre el incienso mal medido que siempre produce más humo que santidad, entre las telarañas de los rincones del templo que nadie limpia desde su partida, entre el eco circular de las carcajadas del pueblo que resuenan en cada fiesta patronal, se alza perpetua e inconfundible la presencia invisible pero palpable de **Don Herculano Matasanos y Buendía**, héroe de las causas perdidas, mártir de las resacas dominicales, santo patrono de los favores imposibles, de los remedios improvisados, de las soluciones temporales que se vuelven permanentes y, sobre todo, de aquellos que, aun sabiendo perfectamente que no tiene remedio ni sentido alguno... igual lo intentan con una sonrisa torcida y un "pues ni modo, Dios dirá".

Amén y recontramén... y que nunca, pero nunca jamás, falte el mezcal para recordarlo como se debe.

Fin... o quizás sólo el principio de una leyenda que apenas comienza a crecer